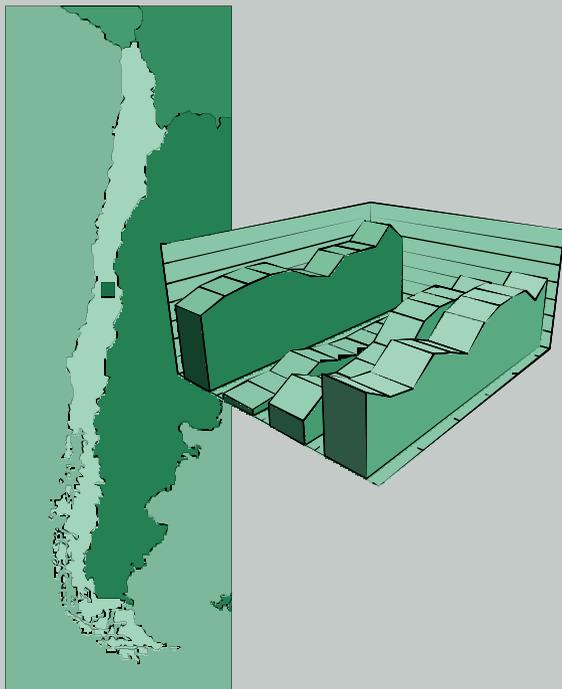


Historia Económica de Chile

1918-1939

Una Introducción

Pedro A. Vera Hormazábal



DIPUTACIÓN DE SEVILLA

HISTORIA ECONÓMICA DE CHILE

1918-1939
Una introducción

Pedro A. Vera Hormazábal

DIPUTACIÓN DE SEVILLA

Historia Económica de Chile

© Pedro A. Vera Hormazábal

ISBN:84-88603-22-3

Diseño: Gabinete de Prensa Paumar

Impreso en España. Printed in Spain
1ª edición.

Edita y distribuye: Diputación de Sevilla

A mi madre, por su cariño, comprensión y apoyo incondicional, a Pedro y Alejandra por haberme dado las mayores alegrías de mi vida, a Marie Pierre, a quién, pese a la distancia, siempre tengo presente.

INDICE

Sumario-----	9
Introducción-----	11
La quiebra del Sistema Político.-----	19
Desarrollo de la Economía.-----	33
La Clase Obrera.-----	57
Conclusión.-----	77
Bibliografía.-----	80
Anexos.-----	89

SUMARIO

El presente trabajo pretende resaltar las características más importantes del sistema político, la economía y la clase obrera chilena durante el período de entre guerras.

La República Parlamentaria, entendida como el período que siguió a la guerra civil de 1891, hasta 1920, estuvo caracterizada por una fuerte relación del país con los intereses británicos y al mismo tiempo con una muy inestable situación desde un punto de vista institucional. Tanto es así que, entre 1886 y 1918, hubo un total de 425 ministros, de los cuales sólo 18 duraron más de un año en su puesto y uno de ellos se mantuvo en el cargo tan solo tres días.

El permanente bloqueo político del Parlamento desembocó en una situación donde la clase dominante, aún estando de acuerdo con las directrices generales que el país debería seguir, fue incapaz de organizar un sistema político que fuera funcional a sus intereses. Los militares intervinieron con sus propias soluciones a través de un golpe de Estado en 1924, no obstante ni ellos mismos estaban de acuerdo en cómo llevar el país adelante.

La inestabilidad política alcanzó su punto más álgido con la crisis de 1930 y el posterior advenimiento de la Segunda Guerra mundial. El mercado mundial del salitre, la fuente principal de moneda extranjera, cayó drásticamente con todo lo que ello supuso para la economía del país, hasta el punto que el Gobierno fue incapaz de asumir sus deudas, lo que le obligó a declararse insolvente.

El proceso de industrialización a través de la sustitución de importaciones se vio incapaz de sacar al país de la recesión, aún cuando en una primera etapa este proceso pareció funcionar adecuadamente. Los aumentos en la producción de bienes industriales auguraban un futuro prometedor, pero en el largo plazo la realidad fue decepcionante.

Durante este período la clase obrera desarrolló niveles de organización y conciencia política sin precedentes en Chile. Se consolidaron como una fuerza política que no podría ya ser ignorada. El movimiento sindical emergió con gran fuerza en el norte del país, de preferencia en los campos salitreros, y llegó a representar la más grande organización de clase. La relación entre clase obrera y partidos políticos ha sido una característica del movimiento obrero chileno.

La intervención militar en la vida política no es algo reciente en la historia de Chile. Aún durante gobiernos democráticos los trabajadores han muerto a manos de los militares y de la policía. Las masacres más crueles han tenido lugar en Chile, sólo comparables al período del «machadato» en Cuba. Es difícil encontrar otra clase obrera en América Latina que haya padecido tantas veces una represión tan brutal. Al mismo tiempo es la única que con su voto haya elegido a un candidato marxista confeso como presidente del país.

INTRODUCCIÓN

Desde mediados del siglo XIX, Chile se ha caracterizado por una economía orientada al sector exportador apoyada preferentemente en el sector minero, en productos tales como cobre, plata y productos agrícolas como trigo y harina.

Estos productos pasan a tener una importancia secundaria a partir de la guerra del Pacífico en 1879, cuando el salitre se transforma en la principal fuente de ingresos para un Estado siempre sediento de recursos. En efecto, hacia finales de la Primera Guerra Mundial las exportaciones de salitre habían llegado a representar cerca del 80% del total de las exportaciones.

Con el estallido de la guerra, las exportaciones chilenas se vieron temporalmente afectadas pero, al mismo tiempo, los países que eran la fuente de sus importaciones estaban inmersos en el conflicto bélico, reduciendo drásticamente su capacidad para continuar proveyendo los mercados extranjeros. Esto dió a Chile (para su sorpresa) un importante superávit en su balanza comercial. La guerra supuso una reducción en la demanda del salitre como fertilizante pero, paralelamente, un aumento de la demanda para la fabricación de explosivos, lo que se tradujo en que en 1916 Chile exportara la cifra récord de alrededor de tres millones de toneladas.

Es durante este período cuando los intereses exportadores y sus proveedores de insumos agrícolas e industriales alcanzaron altas tasas de beneficios. La demanda insatisfecha de bienes, antes importados, significó un retorno hacia las fuentes internas de estos bienes y a la industria manufacturera local, que estaba bien preparada para satisfacer este imprevisto incremento de la demanda. Durante los cuatro años que duró el conflicto bélico, la producción manufacturera aumentó más de un 50%, dando pingües beneficios a los industriales ligados al sector exportador. A medida que la guerra tocaba a su fin, la demanda internacional de salitre como materia prima para la fabricación de pólvora se redujo drásticamente, sin ir acompañada de un aumento de la demanda de salitre como fertilizante.

El rápido desarrollo de sulfato de amonio como una fuente alternativa al salitre como fertilizante y el desarrollo de la industria del salitre sintético, que podía ser usado en la fabricación de pólvora, significó que el salitre no se recuperaría una vez que la guerra terminara. Hacia 1919, las exportaciones de salitre eran solamente un cuarto del total de las toneladas de 1918 y sólo un quinto en valor real.

El Gobierno tomó varias medidas para hacer frente a la intempestiva pérdida de ingresos. Es durante este período cuando el Estado aumenta sus préstamos y, así, se implica directamente en los asuntos económicos del país. Para poder hacer frente a este nuevo papel se crean diversos organismos y agencias, aún más, el Estado crea sus propias compañías de producción para satisfacer sus demandas y, a partir de ahí, aumenta la producción de insumos para ser usados por el sector privado. Acero fue el mejor ejemplo de este tipo de empresas. La disminución de la demanda de salitre planteó la necesidad de encontrar una nueva fuente de ingresos. El cobre se transformó así en el producto que podría satisfacer las necesidades de moneda extranjera que el país requería.

La guerra enfrentó a los dos principales socios comerciales de Chile, Alemania y Reino Unido, con el resultado de un aumento de la influencia norteamericana en el país en detrimento de los países europeos. La influencia de EE.UU. había sido, hasta entonces, casi irrelevante debido a la reticencia que los altos funcionarios chilenos tenían a permitir mayor ingerencia norteamericana no sólo por el apoyo que EE.UU. le había otorgado a Balmaceda durante la guerra civil de 1891, sino por el rol de intermediarios que se habían asignado a sí mismos durante el conflicto de 1879. El affair «Baltimore» (1) no ayudó a mejorar las relaciones entre EE.UU. y Chile.

La caída de la demanda internacional de productos chilenos no sólo tuvo importantes consecuencias en cuanto a la pérdida de ingresos, sino también a nivel social, político y económico, que se harían sentir por mucho tiempo en el país. La disminución de la demanda significó que cientos de oficinas tuvieran que cerrar sus operaciones creando gran número de desempleados que, junto a sus familias, emigraron al sur en busca de trabajo, abandonando así la región salitrera del norte.

Después de una corta recuperación en 1919, el declive se hizo sentir una vez más en el Norte Grande. A diferencia de otras exportaciones latinoamericanas que disfrutaron de un período saludable entre 1919-1929, el salitre cayó casi inmediatamente, lo que prueba la dependencia que había alcanzado del mercado de explosivos más que del mercado de fertilizantes. El resultado de esta inexorable caída fue la atención preferente que, desde todos los sectores de la sociedad, se le comienza a dar a «la cuestión social». Es durante la crisis económica que emerge como candidato presidencial una carismática figura política, Arturo Alessandri. Entretanto había descontento social, incertidumbre económica, violencia electoral, pero sobre todo, álgidos puntos de confrontación entre la oligarquía, renuente a aceptar ningún cambio que pudiera significar una

pérdida de sus, hasta ahora, intocables privilegios; frente a ello, un candidato presidencial que públicamente proclamaba:

«... quiero ser una amenaza a los espíritus reaccionarios, una amenaza a aquellos que se resisten a las reformas justas y necesarias...»(2)

Naturalmente estas palabras no traían tranquilidad a la oligarquía.

En 1920, Alessandri ganó las elecciones por un estrecho margen de votos con un programa de reformas constitucionales y la promesa de tomar trascendentales medidas para abordar la «cuestión social». Pero Alessandri habría de enfrentarse con un Congreso nada amistoso y con una Fuerzas Armadas descontentas desde hacía ya algún tiempo. Aún cuando Alessandri prometía en sus discursos solucionar el destino de los trabajadores, su Gobierno no fue diferente al de sus predecesores cuando se trataba de reprimir violentamente las manifestaciones de la clase trabajadora. La primera represión en gran escala durante su Administración tuvo lugar tan sólo un mes después de hacerse cargo del Gobierno. En el Norte del país, en la oficina salitrera de San Gregorio, las demandas de los trabajadores fueron contestadas con la violencia militar matando a cientos de trabajadores.

El descontento de las FF.AA. había aumentado debido al sentimiento generalizado que existía en su seno de haber sido utilizadas por el Ejecutivo en la elección de marzo de 1924 y por una serie de demandas de tipo profesional que no se habían satisfecho; esto, sumado al estancamiento de las relaciones entre el Ejecutivo y el Congreso (lo que suponía que el Ejecutivo se enfrentara a su incapacidad para ejercer sus obligaciones) les llevó a actuar. Finalmente esta situación desemboca en la renuncia de Alessandri y en la apertura de un período de inestabilidad política que culminó alrededor de 1932.

En 1925, el electorado chileno aprobó una Constitución que habría de gobernar Chile hasta el golpe de Estado de 1973. Esta nueva Carta Magna amplió los poderes del Ejecutivo pero, más importante aún, el Congreso perdió los poderes coercitivos que habían sido usados durante el período parlamentario para entorpecer la acción política del Ejecutivo. No obstante, la lucha política tenía otras dimensiones aún cuando éstas no implicaran la amenaza directa al poder.

La clase obrera chilena tiene una historia de lucha que aparentemente ha comenzado más temprano que en otros países de América Latina. Uno de los primeros antecedentes de esta lucha pueden ser encontrados en fechas tan

tempranas como 1849, año en que los sastres de los principales centros urbanos declaran una huelga. Durante los años siguientes, varias huelgas tienen lugar entre artesanos, zapateros, trabajadores de las imprentas y, también, entre los trabajadores del cobre.

Las mujeres y los niños no estaban exentos de la explotación, por el contrario, las industrias les ocupaban con salarios más bajos y eran usados como rompehuelgas tal fue el caso de los vendedores de cigarrillos en 1888. Las condiciones de trabajo reflejaban la insensibilidad de los propietarios de los medios de producción. Las permanentes fluctuaciones de precios significaban incertidumbre para los trabajadores, que podían ser despedidos si los precios caían más allá de un cierto límite. Hay que añadir a esto la práctica normal de pagar a los trabajadores rurales y urbanos con fichas que sólo podían ser usadas en las pulperías propiedad de las compañías que, en muchos casos, eran sólo aceptadas por un valor inferior al real.

En la minas de plata, los mineros recurrían regularmente a la «cangalla», una práctica consistente en apropiarse de pequeñas porciones de plata de la mina que se interpretaba como un «subsidio» a sus exiguos ingresos. Esta práctica no fue nunca vista como un robo al propietario de la mina (quién había aprendido a vivir con esto), sino más bien como un incentivo al trabajo. La intención de los propietarios de terminar con esta práctica fue contestada por los mineros, que, sufrieron a cambio la represión del Ejército, como en Chañarcillo en 1834.

Los trabajadores se agrupan en diversas organizaciones, algunas de las cuales pueden ser interpretadas como una fuente de influencia socialista que más tarde jugarían en la historia un papel nada despreciable. La Sociedad de la Igualdad, fundada en 1850, no fue exactamente lo que podríamos llamar hoy una organización de masas; era secreta y en sus comienzos sólo muy pocas personas podían pertenecer a ella. El propósito de la Sociedad era discutir y estudiar las ideas de los pensadores liberales sobre problemas sociales.

Después de que esta Sociedad fuera disuelta a fines de 1850, otras organizaciones de características similares se desarrollaron en Coronel, entre los trabajadores carboníferos y en Valparaíso, entre los trabajadores portuarios y lanqueros.

Francisco Bilbao puede ser visto como la fuerza impulsora de estas organizaciones emergentes, preocupadas por los problemas sociales. Bilbao fue perseguido y excomulgado por la Iglesia católica, como castigo por haber publicado «Sociabilidad Chilena», en el que atacaba duramente a la oligarquía

chilena por ser indiferente a los problemas sociales. La actitud de la jerarquía eclesíástica, que en efecto era una aliada de la burguesía, era moneda corriente en la sociedad chilena. De la misma forma que la Iglesia había condenado a Bilbao en 1850, cuando las ideas socialistas se hicieron más conocidas, la Iglesia no dudó en tomar partido contra los trabajadores, tratando de persuadirlos de que era su responsabilidad aceptar su pobreza. Esta situación queda refrendada con las palabras del obispo de Santiago, cuando dice:

«... la pobreza es un tesoro para la vida futura, semilla fecunda para la cosecha de la eternidad (por lo tanto los trabajadores deberían saber) por aquellos que nada tienen en este mundo, pero pueden tener los tesoros del cielo en el otro, si soportan con resignación cristiana, las privaciones de su pobreza» (3)

La consecuencia más inmediata de la corta vida de las Sociedades de la Igualdad, fue un aumento en el número de mutuales cuyo objetivo no era la lucha de clases ya que tampoco tenían un carácter político. El objeto de las mutuales fue sentar las bases para la ayuda mutua. Esta fue la reacción de los trabajadores, ayudarse unos a otros ya que ni los empleadores ni el Estado habían tomado ninguna previsión de beneficios sociales. En efecto, hacia 1870 había trece Mutuales en los más importantes centros urbanos del país. Este número aumenta considerablemente durante los años siguientes, hasta llegar a 39 hacia 1880. Fundamentalmente su cometido no era de enfrentamiento con el Estado ni con los patrones, sino más bien de cooperación. Pese a lo anterior, la F.O.Ch. (Federación de Obreros de Chile) fue en sus orígenes una Sociedad Mutualista que paulatinamente se fue radicalizando como consecuencia de sus experiencias políticas, al mismo tiempo que va desarrollando lazos cada vez más estrechos con el Partido Obrero Socialista y, más tarde, con el recientemente formado Partido Comunista.

Otra forma de organización obrera fueron las Sociedades de Resistencia, estrechamente vinculadas a ideologías anarquistas. Su fuerza estaba particularmente entre los trabajadores industriales y portuarios de las principales ciudades, y su preocupación fundamental era obtener la mejora de las condiciones de sus miembros a través de la confrontación directa con los patrones y el Estado. Su plataforma política incluía la jornada de ocho horas, mejores condiciones de trabajo, mejoras salariales y, en general, se puede decir que proponían demandas más radicales que aquellas exigidas por las Mutuales. La mancomunal era otra forma de organización obrera con fuerte implantación

en la parte norte del país, lo que puede ser parcialmente explicado por las peculiaridades de la industria del salitre. Su formación fue el resultado de la reacción de los dirigentes al percibir al Estado como socio del capital, y no como un organismo interesado en dar solución a las demandas de los trabajadores.

Este sindicalismo emergente, falto de una ideología de clase, y más tarde estrechamente ligado a partidos políticos, habrá de ser una característica del movimiento obrero chileno hasta nuestra época. Esta relación debería ayudar a explicar las peculiaridades de las organizaciones obreras durante el siglo XX; una característica nada despreciable si se tienen presentes las diferentes opciones políticas que se le ofrecieron durante este siglo. Pero habría de ser la guerra del Pacífico la que tendría importantes consecuencias para la economía del país y, simultáneamente, para el desarrollo de la clase obrera. La anexión por parte de Chile de los territorios del norte tuvo un efecto casi inmediato en el incremento de la producción y, por tanto, actuó como un gran imán que atrajo a la población rural desempleada en los valles de la zona central. El número de trabajadores aumentó rápidamente de 2.848 en 1880 a 13.060 en 1890. De estas cifras se puede concluir que el número total de emigrantes fue aún mayor ya que los espectaculares aumentos de producción llevaban aparejado también un aumento de las facilidades portuarias y otros servicios anexos. Las condiciones de trabajo en las oficinas del Norte, que han sido ampliamente documentadas por diversos historiadores (4), sumado a una moneda depreciada debido a la inflación, fueron los factores desencadenantes de las protestas y, más tarde, en julio de 1890, origen de la primera huelga general de los trabajadores del salitre de la que hay constancia, huelga que naturalmente fue brutalmente reprimida por el Ejército.

En una primera instancia, las organizaciones obreras establecieron relaciones con el Partido Democrático, que provenía de una fracción que se había escindido del Partido Radical en 1887, escisión que había sido encabezada por los miembros más jóvenes que habían decidido enfrentar el «problema social». Pero, indudablemente, su objetivo no era articular una alternativa socialista; más bien mantuvieron la ideología del Partido Radical propiciando soluciones liberales. Los anarquistas y las Sociedades de Resistencia propiciaban la acción directa y desconfiaban de los políticos a quienes identificaban como aliados de los patrones y, por consiguiente, como explotadores de los trabajadores. Discrepaban de las posturas de los líderes socialista en cuanto a la necesidad de organizar partidos políticos con connotaciones de clase. Los anarquistas obtenían la mayor base de apoyo entre los artesanos y trabajadores portuarios, preferentemente en Valparaíso donde organizaron diversas huelgas con un

marcado carácter radical. El movimiento anarquista alcanzó la cima en cuanto a influencia política con la apertura de una sede de la International Workers of the World (I.W.W.), cuya táctica era la confrontación directa a través de la huelga y el sabotaje e identificaba, sin lugar a dudas, a su enemigo con el capital, el Estado y la Iglesia.

La ideología socialista estuvo presente entre los trabajadores chilenos desde los comienzos del siglo. El mejor ejemplo de lo anterior se puede encontrar en la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912, como resultado de una larga disputa en el seno del Partido Democrático entre elementos radicales y la dirección con posturas más conservadora. Esta clase de incidentes eran muy frecuentes, otros grupos ya se habían separado del Partido Democrático, pero habían sido incapaces de transformarse en una alternativa política viable y, pasados algunos meses, desaparecían del espectro político.

Hacia 1915, bajo la dirección de Luis Emilio Recabarren, el Partido Obrero Socialista había logrado tener influencia en las principales ciudades del país. Levantó como plataforma reivindicaciones similares a otras organizaciones de clase de pasado reciente, tales como la jornada de ocho horas y el descanso del domingo. Se debe resaltar que el Partido decidió luchar por el bienestar de los trabajadores dentro del sistema político establecido, manteniendo al mismo tiempo su independencia de otras fuerzas políticas. A estas fechas se pueden remontar las estrechas relaciones entre el Partido Socialista y el movimiento sindical, las organizaciones permanecían independientes pero estrechamente coordinadas como parte de una estrategia más amplia.

A fines del siglo XIX y principios del XX las demandas obreras en todo el país tenían un denominador común: La mejora de las condiciones de trabajo, la oposición al sistema de la ficha, el temor ante la inestabilidad del trabajo debido a la incertidumbre general, y la percepción de que los tribunales y en general la judicatura estaban coludidos con los patrones, llevó a los trabajadores y a sus organizaciones a demostrar su descontento a través de las huelgas y las protestas de masas. La respuesta de los patrones y del Estado fue la represión física contra los trabajadores con el objeto de mantener la «paz social».

Huelgas como aquella de los trabajadores del salitre en el norte del país (Iquique) a mediados de 1890, fueron brutalmente reprimidas por el Ejército con el apoyo incondicional del Gobierno. Los anarquistas dirigieron la huelga de los trabajadores marítimos en 1903, en Valparaíso, donde se demandaba la jornada de ocho horas. El resultado fue una vez más la represión. En 1905, las protestas de los trabajadores por el alto costo de la vida fue respondida por

civiles armados, miembros del Club La Unión, dando así tiempo al Ejército para regresar a Santiago de maniobras y terminar la represión a los trabajadores. Este incidente ha sido recogido por la historiografía como «la semana roja».

Tal vez la expresión más grotesca de la insensibilidad de la clase dominante ante las demandas de los trabajadores fue la masacre de 1907, en Iquique donde más de 1000 hombres, mujeres y niños fueron acribillados por el ejército bajo las órdenes de un oficial llamado Silva Renard. Los trabajadores pedían mejoras en las condiciones de trabajo y se oponían a los despidos masivos originados por la caída del precio de salitre.

La reacción de los trabajadores fue atomizada y espontánea. Pero la tendencia general era, por un lado, asociarse con partidos políticos que decían representar sus intereses y, por otra, afiliarse o crear sindicatos y confederaciones que pudieran asumir un carácter más reformista, que pudieran adoptar una plataforma socialista más revolucionaria frente a las demandas de los trabajadores.

NOTAS.-

- 1.- Pike Frederick. «Chile and the United States. 1880-1962.»
- 2.- Rivas Vicuña Manuel. «Historia Política y Parlamentaria de Chile.» Santiago. Chile 1964.
- 3.- Imprenta «El Comercio» Valparaíso. «El porvenir del hombre, o relación íntima entre justa apreciación del trabajo y la democracia.»
- 4.- Julio César Jobet y otros.

CAPITULO I

LA QUIEBRA DEL SISTEMA POLITICO CHILENO

En 1891 Chile se enfrenta con una guerra civil que, en lo fundamental, era un último recurso para resolver las conflictivas relaciones entre el Ejecutivo y el Congreso. Con la muerte de Balmaceda y el balance final de la guerra, se abre un período con un nuevo sistema político que se caracterizó fundamentalmente por un cambio importante en el centro de gravedad del Estado, que viró en favor del Congreso transformándolo así en el principal centro de poder.

Este nuevo período es conocido en la historia política chilena como la «República Parlamentaria». De esta forma, los partidos políticos representados en el Congreso se transformarían en la voz principal del Estado y el presidente, como jefe del Ejecutivo, asume un rol de mero ejecutor de las políticas y objetivos definidos por el Congreso.

A comienzos del presente siglo, los partidos con representación parlamentaria no tenían profundas diferencias ideológicas. Todos ellos estaban en mayor o menor medida influenciados por ideologías liberales, pero, en lo fundamental, no buscaban la conformación de una sociedad diferente. Pese a ello, hay que resaltar una diferencia importante en torno al papel de la Iglesia (la disputa laico/religiosa), aún cuando la polémica carecía de la virulencia que se creó en torno a esto durante el siglo XIX.

La ausencia de diferencias ideológicas puede ser entendida por la coincidencia de intereses que se pueden encontrar entre, por una parte, grandes latifundistas de la zona central y, por otra, en el sector industrial y comercial con bases urbanas. Empresas con capital conjunto de ambos sectores, además de las relaciones de matrimonio, creó una pequeña élite que estaba fundamentalmente de acuerdo con el desarrollo económico y político que el país debería seguir.

No obstante, además de los dos principales partidos (Liberales y Conservadores), había espacio en el escenario político para otros grupos, que disfrutaban de distintos grados de influencia. El Partido Conservador puede ser visto como el representante de la derecha y en otro extremo del arco político, el Partido Radical; mientras en el centro se posiciona el Partido Liberal (que en

modo alguno era una unidad homogénea) y el Partido Nacional, con estrechos vínculos con el Partido Liberal.

El Partido Liberal contaba entre sus miembros a algunos importantes latifundistas pero, en general, se puede afirmar que sus miembros tenían una base económica preferentemente urbana. El principio filosófico fundamental era el laissez-faire, pero más allá de esta amplia definición, el Partido Liberal tenía en su seno diversos grupos perfectamente identificables. Los tres grupos más importantes fueron los Doctrinarios, Coalicionistas y Liberales Democráticos.

Debido a estas diferencias, existía en el Partido Liberal una propensión a cambiar con cierta frecuencia de aliados políticos. En efecto, se aliaría con los Radicales para conformar la Alianza Liberal o con los Conservadores para la Coalición, dependiendo de la fracción que fuera más fuerte en un momento determinado.

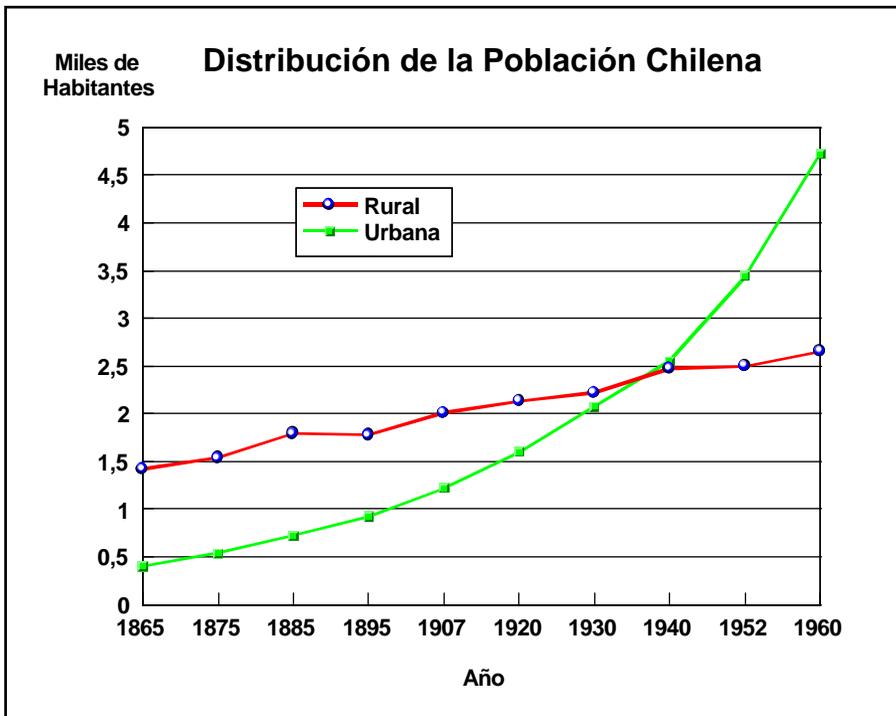


Gráfico I

La clase media urbana, que había aumentado considerablemente durante este período debido al modelo de migración (ver Gráfico I), encontró su expresión política en el Partido Radical; esto incluía también a la clase media de las provincias y a algunos latifundistas que entendían que la Iglesia debería tener menos influencia en el aparato del Estado.

Alrededor de 1916, Valentín Letelier se transformó en el líder de una tendencia dentro del Partido Radical, que pretendía desarrollar políticas que dieran respuesta al problema social, exigiendo una presencia más fuerte del Estado en los asuntos económicos del país. Durante la República Parlamentaria, el Partido Radical incrementa considerablemente su influencia política. Pese a que su reivindicación es ser un partido de la clase media, entre sus miembros se encuentran grandes agricultores de la zona de Concepción, acaudalados mineros de la zona de Copiapó en el norte y de la emergente burguesía industrial. El Partido Radical fue también la expresión política de la Logia Masónica y de amplios sectores de la clase media entre los que hay que mencionar a los profesores, profesionales liberales y tecnócratas, todos ellos dispuestos a incorporarse al Partido.

Los Radicales apoyaron decididamente las protestas estudiantiles que se oponían a programas educacionales con una clara y abierta orientación católica. Estos acontecimientos desembocaron más tarde en la fundación de la Federación de Estudiantes de Chile (F.E.Ch.). En 1913 los Radicales apoyaron las manifestaciones contra el enviado especial del Papa y exigieron

«que se suprima la representación del papado porque no es necesaria en el país..(1)

Dentro del espectro político de «la izquierda» es preciso mencionar el Partido Democrático. Su primer líder, Malaquías Concha, abandonó el Partido Radical en 1887, y en ese mismo año, fundó un nuevo partido que asumiría un carácter reformista. Logra implantarse preferentemente entre los artesanos y sectores de clase obrera, logrando elegir su primer diputado al Parlamento, en 1894, por la circunscripción de Valparaíso. En 1906 son elegidos seis diputados, entre ellos Luis Emilio Recabarren. El Partido Democrático va inexorablemente siendo absorbido por la política parlamentaria y la cooperación de clase con el gobierno de Juan Luis Sanfuentes, colaboración que alcanza su punto más alto con la incorporación de uno de sus miembros, Angel Guarello, al gabinete.

Fue contra estas políticas que luchó Recabarren rompiendo con el Partido Democrático en 1908 a raíz de un importante desacuerdo tanto con el Partido como con su líder, Malaquías Concha; esta división da origen al Partido Democrático Doctrinario, que sería la base del Partido Obrero Socialista. El Partido Obrero Socialista es reconocido como el primer Partido de clase obrera en alcanzar importantes niveles de influencia entre las masas. Previamente otras organizaciones socialistas habían surgido, pero no tuvieron éxito al pretender desarrollarse como una fuerza política de masas. El P.O.S. en su declaración proclamaba

«...El fin de sus aspiraciones es la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos en una sóla de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honestos e inteligentes; y la implantación de un régimen en que la producción sea un factor común y común también el goce de los productos. Esto es la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva. Realizaremos lucha política para arrebatar a la burguesía el poder político. ..» (2)

EL P.O.S. se transforma en una fuerza política en estrecha alianza con la F.O.Ch., colocándose a la vanguardia de los trabajadores urbanos y, en menor medida, de los trabajadores rurales y con el compromiso de oponerse a la colaboración de clase. La prueba más evidente de esta actitud fue la postura asumida por Recabarren como candidato presidencial en 1920, en oposición al candidato Arturo Alessandri de la Alianza Liberal.

El Partido Conservador contaba entre sus miembros a destacados representantes de la oligarquía, comerciantes y banqueros y su apoyo electoral, en gran medida, se obtenía a través de la coerción al campesinado en los fundos de la oligarquía. Este partido estaba estrechamente ligado a la Iglesia y se llega a transformar en su expresión política en tanto y cuanto sus miembros deben profesar la fé católica. De ahí que no sea difícil entender que el Partido Conservador estaba más preocupado con la enseñanza de la religión y la protección de los privilegios de la Iglesia, que orientando su quehacer hacia la solución de los problemas sociales, pese a que trataban de influir sobre los trabajadores a través de organizaciones benéficas tales como Hermandades de San José. Además de todo ello, una parte importante de sus miembros participaban de actividades ligadas a la banca actuando especialmente con el Banco de Santiago, el Banco de Crédito y el Banco de Ahorro y Préstamo.

El Partido Liberal atrajo a sus filas sectores burgueses tales como empresarios mineros, acaudalados agricultores y propietarios industriales. Su influencia se vio socavada por las políticas populistas de Alessandri durante su campaña presidencial que, entre otras, llamaba a tener unas posturas más flexibles hacia la cuestión social.

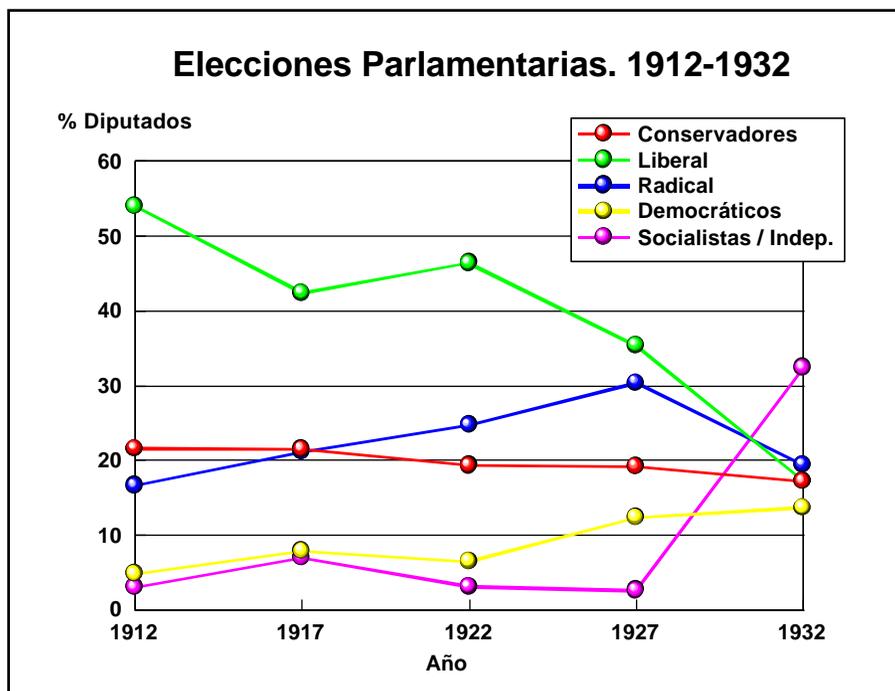


Gráfico II

El descontento social adquiere expresión política con las elecciones parlamentarias en 1917 (Gráfico II), donde los Partidos Radical y Democrático aumentaron significativamente su apoyo electoral.

Durante esta elección, Alessandri se presentó como candidato a senador por la provincia de Tarapacá, en el norte, en representación de la Alianza Liberal. Alessandri apelaba directamente al electorado a través interminables

recorridos por la provincia, con calurosos discursos pidiendo el fin de la subordinación del norte, como proveedor de riqueza al centro, quienes disfrutaban de esa riqueza. Su principal fuente de apoyo se encontraba entre las clases media y obrera, especialmente en aquellos que tenían que sufrir a las manos de los patrones en las oficinas. Sus sentimientos se articulaban perfectamente en

los discursos e intervenciones de Alessandri, que pese a ser un miembro de la alta burguesía, había logrado el apoyo de los Partidos Radicales y Democrático.

Con «el león de Tarapacá» como protagonista «...*irrumplía en la política chilena un impetuoso sector de la burguesía nacional, cuyos intereses no se identificaban con los de la oligarquía tradicional. Esta gente aspiraba a procedimientos nuevos que rompieran moldes gastados y Alessandri había sabido interpretar sus ideas; ellos veían en el caudillo liberal a quién iba a devolverles su antigua prosperidad económica afectada por diversas causas, especialmente por la guerra europea, que había determinado la paralización de una buena parte de la industria salitrera, (,,) Engañados por largos años, los trabajadores pensaron que esta política iba a hacerles justicia y seducidos por su palabra insinuante, le dieron sus sufragios, lo cuál permitió al abanderado Liberal barrer en las urnas con los tradicionales triunfadores Balmacedistas* « (3)

La primera Guerra Mundial, como era de esperar, tuvo efectos francamente desastrosos sobre la economía exportadora. De hecho, la drástica caída de las exportaciones de salitre (4) al final de la guerra (Gráfico III), trajo consigo un rápido aumento en la tasa de inflación y de desempleo, arrojando al país en una profunda depresión económica asociada con presiones de los sectores más descontentos con la República Parlamentaria.

Aprovechándose de este descontento, Alessandri y la Alianza Liberal aumentaron sensiblemente su apoyo electoral en las elecciones de 1918, logrando la mayoría en la Cámara de Diputados aún cuando los Conservadores ganaron en el Senado. En medio de la crisis, Chile se enfrenta a una nueva contienda presidencial con un Partido Liberal y Radical confiados en sus fuerzas, a la luz de los resultados de 1918.

Alessandri se transforma así en el candidato «natural» de la Alianza, con un cúmulo de políticas que él mismo se encarga de resaltar en el discurso de aceptación de la candidatura en la clausura de la convención liberal de 1920.(5)

Por otra parte, Luis Barros Borgoño fue elegido como el candidato de la Unión Nacional, conglomerado que incluía al Partido Conservador y a la mayoría de los Liberales.

Estos dos candidatos representaban dos visiones diferentes de la oligarquía, sobre el cómo relacionarse políticamente con otros grupos o clases sociales,

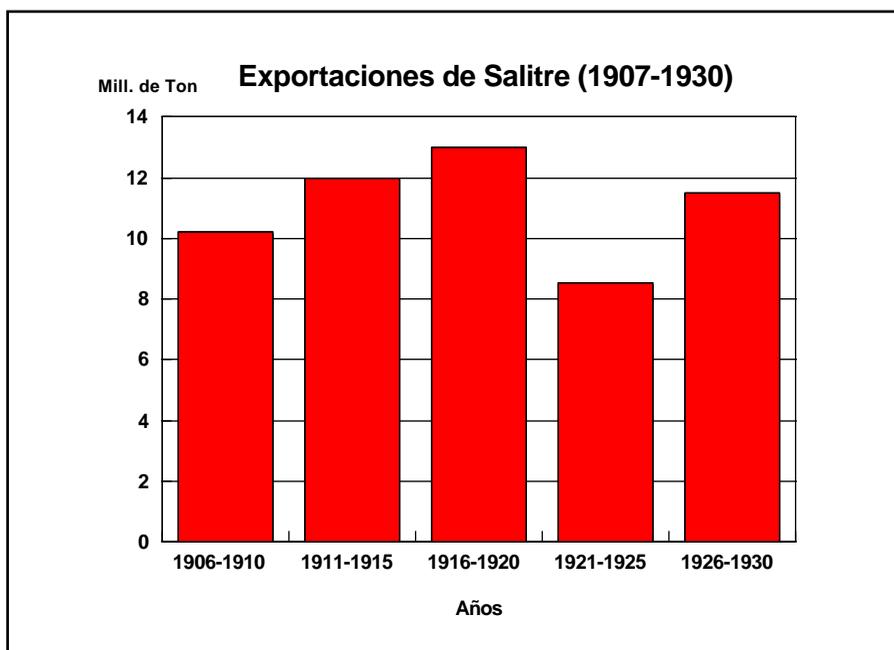


Gráfico III

como la clase media y los obreros, cuyas demandas y exigencias estaban de algún modo rompiendo con las formas tradicionales de hacer política en el país. Alessandri tenía la convicción de que él debía ser un presidente activo, con capacidad para conducir al país fuera de la crisis económica, y para ello necesitaba contar con el concurso de los sectores más descontentos y canalizar así sus demandas por unas vías menos radicales y amenazadoras de como habían sido hasta ahora. Básicamente Alessandri y Barros coincidían en que alguna forma de acción era imprescindible para poder desactivar una situación peligrosamente explosiva. Una de las diferencias fundamentales es que Alessandri consideraba necesaria una amplia colaboración de clases, mientras que Barros Borgoño prefería enfrentar el problema social sin la participación o interferencia de los sectores sociales más bajos que, a la vez, eran los más golpeados por la crisis, y prefería recurrir abiertamente al Ejército y otros cuerpos represivos para acallar cualquier desorden o provocaciones.

Las Fuerzas Armadas no eran inmunes o indiferentes a estos acontecimientos. Estaban también divididos, especialmente el cuerpo de oficiales. Los oficiales de mayor edad (que ocupaban los grados más altos) tenían simpatías hacia los Conservadores, debido en parte a su origen de clase y edad. El general

Altamirano tenía 57 años de en 1924 y había estado en servicio activo durante los últimos 33 años

«era tres años más viejo que el promedio de Generales y había estado tres años menos en activo.» (6)

El origen de clase de los oficiales más jóvenes se encontraba entre sectores de clase media y, por lo tanto, más permeables al carisma y mensaje de Alessandri. No obstante, a estas fechas no representaban una fuerza política a tener en consideración.

La elección se celebró el 25 de junio de 1920 y Alessandri logra un estrecho margen de triunfo sobre sus oponentes. Fue necesaria la designación de un «tribunal de honor» para dilucidar la designación del que habría de ser el presidente. El Gobierno en funciones trató de crear las condiciones necesarias para evitar que Alessandri se transformara en el presidente del país. Enfrentado con esta posibilidad real, Alessandri apeló a las movilizaciones de masas para proteger sus derechos electorales. Las masas ocuparon las calles de Santiago y los mineros del sur hicieron patente su disposición de luchar hasta la muerte por «su candidato». La actividad del país se vio de pronto interrumpida y al grito de «Alessandri presidente o revolución», se sucedieron las manifestaciones en las principales ciudades a lo largo de Chile. Alessandri es declarado presidente por 177 votos a favor frente a 176 a favor de Barros Borgoño.

El período presidencial de Alessandri se vería caracterizado por problemas similares a los sufridos por sus predecesores. Tanto es así que llegaron a constituirse 16 gabinetes entre 1920 y 1924, lo cual no está del todo mal si se compara con el período de la Administración Sanfuentes, que llegó a tener 28. En el período entre 1900 y 1924 llegaron a constituirse más de 100 gabinetes ministeriales, lo que indica la gran inestabilidad política que caracteriza esta etapa.

El hecho de que el nuevo presidente contara con una mayoría de escaños de 22 diputados más que la oposición (Alianza 70, Unión 48), no facilitaba la tarea legislativa requerida por el Ejecutivo; peor aún, la oposición mantenía el control del Senado con una amplia mayoría, 72 escaños de la Unión, y sólo 15 de la Alianza. La Alianza misma a su vez estaba dividida ante el contencioso de la supremacía del Ejecutivo. Las elecciones parlamentarias celebradas en 1924 le dieron mayoría a la Alianza en el Senado, pero no fue suficiente para solucionar los acuciantes problemas a los que se enfrentaba Alessandri. El presidente exigía poderes más amplios para el Ejecutivo para poder conducir

al país fuera de la crisis, ¡que ironía!, ya que el mismo Alessandri acusó a Balmaceda por pedir lo mismo en 1891.

El Gobierno no tiene éxito al promulgar la legislación que considera necesaria para afrontar la crisis, pese a tener constancia de la difícil situación en que se sumía inexorablemente a la clase obrera. Una propuesta para aliviar parcialmente el problema era la regulación de las relaciones entre los factores capital y trabajo. Se crea el Ministerio de Bienestar Social y Trabajo, se implementan tasas de impuesto sobre los ingresos y se crean organizaciones orientadas al bienestar de las mujeres. Paulatinamente, el Ejército va tomando conciencia del fracaso del sistema parlamentario para enfrentar los nuevos requerimientos y demandas, y muestra también su preocupación por el incremento en el número de afiliados a las ideologías socialistas y comunistas, sobre todo entre aquellos que padecían más directamente los efectos de la depresión.

Desde principios del siglo XX, habían existido en el interior de las FFAA varias sociedades o hermandades secretas, tales como «Sociedad del Ejército de Regeneración» o la «Liga Militar». El Ejército y en general las FFAA, no tenían un análisis común sobre la situación, por lo tanto tampoco tenían respuestas monolíticas a sus agravios tanto profesionales como políticos, ni la habilidad para traducir su descontento en un proyecto político de largo plazo y desafiar así al poder.

El sistema con el que Alessandri debía coexistir era parcialmente responsable del fracaso de la Administración. Se invertía más tiempo en eternas discusiones que en el manejo de los asuntos de Estado. Aún cuando las FFAA carecían de la unidad necesaria para asumir el poder, eran deliberantes, estaban lo suficientemente politizadas y, en 1924 ya tenían capacidad para transformarse en agentes de las reformas exigidas por el país, sin por ello afectar drásticamente el carácter de clase del Estado.

A partir de agosto de 1924 los acontecimientos se desarrollan a velocidad de vértigo. Desde comienzos de ese año el Congreso había estado discutiendo una ley de remuneraciones para los miembros de todos los institutos armados, pese a su inconstitucionalidad, su presentación y redacción se había planteado cuidadosamente para que, al menos en apariencia, fuera técnicamente constitucional.

Hasta estas fechas los parlamentarios no recibían remuneración por sus actividades en la Cámara, generalmente, eran hombres de familias adineradas o con otros trabajos bien remunerados. La Alianza contaba entre sus filas con algunos miembros cuyos ingresos y patrimonio no eran especialmente relevantes,

por lo que hubieran preferido una retribución por sus servicios públicos. El principio de fijar un salario a los parlamentarios era correcto en tanto y cuanto los ciudadanos con escasos recursos podrían, pese a todo, ser elegidos miembros del Congreso. Pero el momento elegido para tomar esta decisión fue indudablemente equivocado. Empleados públicos, profesores, personal militar y oficiales, no habían recibido sus correspondientes salarios debido a la crítica situación económica por la que atravesaba el país. Toda la población podía percibir la contradicción: A los servidores públicos no se les cancelaban sus sueldos y salarios debido a la falta de recursos y, pese a eso, los legisladores decidían aprobar una ley para, por primera vez, recibir un sueldo por sus servicios. Tristemente aquellos sectores más afectados por esta situación no tenían una voz en el Congreso que pudiera defender satisfactoriamente su caso.

A mediados de agosto de 1924 un proyecto de ley es enviado al Parlamento, según el cual se pagaría «una indemnización» a los diputados equivalente a 24.000 pesos. El proyecto sigue su tramitación normal aunque con una velocidad inusual, lo que es percibido por el cuerpo de oficiales del Ejército como una falta a la Constitución, comparaban la rapidez a que se sometía el proyecto de ley con el fracaso de la aprobación del presupuesto anual del Estado, que arrastraba un déficit en el ejercicio de 1923 y un importante atraso en el pago de salarios a los trabajadores públicos, incluyendo a las FFAA.

Estos hechos desencadenan una serie de acontecimientos que culminan con una reunión entre un grupo de oficiales y el presidente, en la que los militares presentan un programa a Alessandri que incluye varios puntos sobre los cuales se exige que el Gobierno tome medidas. En definitiva, le exigían al Presidente que ejerciera su derecho de veto sobre el proyecto de ley referido al salario de los parlamentarios, un aumento inmediato de los sueldos para los miembros de las FFAA y la policía, el pago inmediato de los salarios a los profesores y a otros empleados públicos y, por último, la aprobación en el Congreso del presupuesto aún pendiente.

El gabinete ministerial es convocado con carácter de urgencia con el objeto de valorar las inconstitucionales exigencias de los oficiales, valoraciones que terminan con la renuncia de los ministros dejando al presidente en libertad de acción para superar la crisis.

Alessandri recurre al general Altamirano y le invita a formar un nuevo gabinete. Altamirano propone los nombres de otros dos generales, un almirante y tres civiles, propuesta que es aceptada por el presidente. En otras palabras,

el Ejército se había hecho cargo del Gobierno sin recurrir a la violencia el 5 de septiembre de 1924.

El general Altamirano se reunió con los presidentes de ambas Cámaras para solicitarles la aprobación de las medidas propuestas en el plan de los militares. Como corolario, sólo mencionar que un total de 14 proyectos de ley fueron aprobados sin demora, pese a haber permanecido acumulando polvo en el Parlamento durante largas temporadas.

Prisionero de los militares, Alessandri presentó su renuncia la noche del 7 de Septiembre descontento con su papel de mero títere de los uniformados. Su renuncia fue rechazada por el Parlamento, lo que no fue óbice para que saliera hacia Argentina y de allí a Europa.

Después de la salida de Alessandri, Altamirano, en su calidad de vicepresidente en funciones, formó una Junta de Gobierno en la que se incluía él mismo, el general Bennet y el almirante Neff. Esta Junta toma la decisión de disolver el Parlamento el 11 de Septiembre y organizar un gabinete no partidista, que inmediatamente aceptó la renuncia de Alessandri que había sido rechazada por el Parlamento.

Los Conservadores, que habían desarrollado una política de oposición a Alessandri, vieron la intervención militar con beneplácito y rápidamente buscaron ocupar posiciones políticas desde las cuales poder influir sobre los militares, en quienes confiaron la tarea de imponer «la paz social» y la vuelta a la «política habitual.»

«El Ejército había servido en apariencia los intereses reaccionarios. Con motivo de esta alarma la oficialidad joven propició la idea de traer de nuevo al país al Presidente Alessandri.»(7)

Durante el mes de enero de 1925, un grupo de oficiales jóvenes comparten su profundo descontento con la forma y el fondo en el que la Junta de Altamirano daba respuesta a los problemas del país y cuestionan además la capacidad del Gobierno para representar los intereses del golpe de septiembre anterior.

Ese mismo mes de enero una nueva Junta militar asume el Gobierno e invita a Alessandri a regresar al país y encabezar un nuevo Ejecutivo. Esta nueva Administración aprobó una nueva Constitución en 1925 que establecía la elección directa del presidente y, a través de un complicado método (cifra

repartidora), serían elegidos directamente los parlamentarios; además el nuevo texto constitucional establecía la obligatoriedad de ejercer el derecho a voto.

Esta nueva Constitución fortalecía los poderes presidenciales y, a su vez, marcaba claramente el fin de una época, la República Parlamentaria.

Carlos Ibáñez, general y ahora miembro del gabinete desde que fuera nombrado ministro de Guerra el 28 de enero de 1925, debía cerciorarse que el Ejército permanecía alejado de cualquier deliberación política con lo que él se transformaría en el único interlocutor entre los políticos y las FFAA. Durante los años siguientes, la incertidumbre e inestabilidad continuaría siendo la característica dominante: Gabinetes que caían periódicamente, presidentes elegidos directamente que renunciaban antes de terminar su período presidencial y, en general, una permanente lucha fraccional donde ninguna de las partes era capaz de aglutinar suficiente apoyo a su alrededor, ni en términos políticos ni militares, que le permitiera organizar un Gobierno estable. Hay que resaltar que, durante este período de inestabilidad, Ibáñez maniobra con gran habilidad para sobrevivir a los cambios y mantener su puesto en el gabinete.

Durante el corto período presidencial de Figueroa, Ibáñez reemplazó a Rivas como ministro del Interior, por lo que tuvo la responsabilidad de formar un nuevo gabinete que, entre otros designaría al capitán de ejército retirado Aquiles Vergara como ministro de Justicia y Educación, al general Ortiz Vega como ministro de Guerra, y al capitán Carlos Fröden como ministro de Marina; el resto del gabinete lo formaba personal civil. Todos los ministros eran públicamente reconocidos por sus posiciones en favor de un fuerte liderato desde el Ejecutivo.

En febrero de 1927, el Ejecutivo tomó la decisión de purgar la Corte de Justicia bajo la acusación de corruptela e ineficiencia. Al hacerlo, provocaron la renuncia del presidente del Ejecutivo ya que su hermano era el presidente de la Corte Suprema. El presidente Figueroa, incapaz de hacer frente al hábil general Ibáñez y a sus incondicionales, tomó la resolución de abandonar el Gobierno, con lo que dejaba el camino llano para que Ibáñez se transformara en vice-presidente y Fröden en nuevo ministro del Interior. Dado que tanto la Cámara de diputados como la de senadores habían aceptado la renuncia de Figueroa, era preciso convocar de nuevo elecciones presidenciales con carácter de extraordinario, que se celebraron el 23 de mayo de 1927, como resultado de las cuales el astuto general Ibáñez se transforma en el nuevo presidente de Chile.

Durante su primer año en el ejercicio de la Presidencia, el Gobierno de Ibáñez disfruta de un inesperado superávit en la balanza de pagos, debido a un

temporal aumento del precio del salitre y al incremento de la demanda de cobre. Haciendo uso de este ingreso, tan extraordinario como inesperado, el Gobierno inicia un programa de inversiones públicas que incluye escuelas, caminos, puentes y, en general, proyectos de desarrollo de la infraestructura del país.

Este programa de gastos trae aparejado un aumento del sector medio, ligado fundamentalmente a la burocracia estatal y aliándose, de forma casi natural, con los sectores más desposeídos contra la oligarquía, que estaba ya en franca retirada de la arena política. Pese a que Ibáñez se enfrentó a la oligarquía, no es menos cierto que fue represivo contra la clase obrera. De hecho, buscó su control con métodos nada nuevos como fueron la represión contra los sectores más vanguardistas, tanto en términos políticos como organizativos, como en el caso de la F.O.Ch. y los líderes de la I.W.W.. Las organizaciones políticas de comunistas y anarquistas fueron particularmente blanco de la represión, en un fútil intento de eliminarles del escenario político.

Por otro lado Ibáñez tenía perfecta conciencia de que los sindicatos no habrían de desaparecer a causa de la represión, la alternativa era por lo tanto ponerlos «en una camisa de fuerza» y de esta manera mantenerlos controlados. Ibáñez, haciendo uso del Código del Trabajo aprobado en 1925, logró ejercer cierto control sobre la actividad sindical a través de un nuevo organismo llamado Dirección General del Trabajo. De este modo, Chile se transformó en uno de los primeros países en América Latina en aplicar esta política de cooptación. A partir de ese momento, era necesario para los sindicatos obtener el reconocimiento del Estado para poder ser «legales».

Ibáñez necesitaba contar con una base social de apoyo, debidamente organizada, que le permitiera aplicar su proyecto político. Era imperioso organizar un sector de seguidores incondicionales salidos de las filas de la clase obrera, como una forma de contrarrestar las actividades de los sindicatos más radicales. Para alcanzar este objetivo, el Gobierno patrocinó la formación de la Confederación Republicana de Acción Cívica (C.R.A.C.) en cuyo programa se incluía

1) Cooperación sin reservas al programa de reconstrucción nacional que inspira todos los actos del actual Gobierno y que se basa en los postulados del 5 de Septiembre de 1924 y del 23 de Enero de 1925;

2) Dará especial importancia al mejor estudio y revisión completa de la legislación social vigente para obtener que su aplicación integral contribuya al bienestar de la nación, dando preferencia al estudio y solución de la sindicalización obligatoria (8)

Ibáñez se transforma inexorablemente así en árbitro entre las dos clases. Sus intereses no eran coincidentes con los de la vieja oligarquía, a quienes pretendía destruir políticamente, pero tampoco coincidían con los de la clase obrera, a la que no dudaba en reprimir pero de quien necesitaba su apoyo político. Es durante este período en el que el Estado aumenta su intervención drásticamente en los asuntos económicos del país. Ibáñez logró aumentar el protagonismo del Estado en los asuntos económicos debido, fundamentalmente, al repentino crecimiento económico de que gozó el país durante los primeros años de su Administración. La idea de esta política era doble: Por una parte, evitar la dependencia de mercados extranjeros que habían dado buena prueba de lo frágiles que eran, y al mismo tiempo, desactivar cualquier trastorno social.

El Gobierno promovió el desarrollo de instituciones financieras tales como la Caja de Crédito Industrial, cuyos principales objetivos eran promover el desarrollo del sector industrial a través de inversiones y apoyar a la consolidación de una emergente burguesía industrial. Otros proyectos habrían de ser financiados también por el Estado, debido que exigía grandes sumas de capital, como fue el caso de las Líneas Aéreas Nacionales (LAN)

La «luna de miel» habría de llegar a su fin con el agudizamiento de la crisis de 1930. El aumento de la represión, sumado a la imposibilidad del Estado de seguir adelante con el programa de inversiones y modernizaciones, provocó el declive de la popularidad de la que disfrutaba el presidente. La oposición, que finalmente provocó la caída del régimen el 26 de julio de 1931, era una amalgama de diferentes sectores que percibían a Ibáñez como un personaje que actuaba en detrimento de los intereses de la oposición.

Pese a que estos sectores estaban unidos en su oposición a Ibáñez, su heterogeneidad les inmovilizaba a la hora de articular una política alternativa, dejando así, una vez más, el camino abierto para un período caótico donde los militares nuevamente, habrían de intervenir directamente en la vida política del país.

Juan Esteban Montero se convierte en el nuevo presidente de Chile a la cabeza de una Junta Cívica. Su período está marcado en la historia por el incidente conocido como la sublevación de la Armada en septiembre de 1931; y en el mes de diciembre del mismo, año un grupo de militantes del Partido Comunista intenta sin éxito asaltar los cuarteles militares de Vallenar y Copiapó. Montero no tuvo capacidad para poder controlar la caótica economía del país que, estaba siendo duramente afectada por la recesión y, finalmente, es

derrocado el 4 de junio de 1932 por un grupo de oficiales nacionalistas, cuyo líder era el director de la Escuela de Oficiales Aéreos, Marmaduke Grove.

Las causas de la crisis económica recaían en el hecho de que los principales productos exportables del país eran propiedad extranjera, empresas que no tenían entre sus prioridades los intereses propios del país. La clase media y los sectores de la intelectualidad, lo mismo que la clase obrera, se iban así impregnando de un sentimiento nacionalista que presionó sobre los líderes de la Junta, encabezados por Eugenio Matte Hurtado, de ir adelante con el golpe de Estado. Su programa era claramente anti-imperialista cuando declaraban

«...Todo ha sido sistemáticamente entregado al extranjero. A consecuencia de esta política, la administración del crédito, el ejercicio del comercio interno y externo y el control de los salarios y del mercado de los brazos, han escapado de nuestras manos. Por su parte las casas comerciales extranjeras han llegado a monopolizar nuestro comercio interno mayorista y el comercio externo de importación y exportación. Finalmente, empresas extranjeras tienen en su poder toda la industria pesada de producción de materias primas y una gran parte de los servicios públicos...»(9)

El Gobierno, con un programa tan radical, no tardaría mucho en caer. Las medidas propuestas alejaron a la burguesía del ejecutivo, ya que este sector social estaba directamente relacionado con el sistema bancario. Una de las medidas que alienaron a la clase alta fue la requisición en oro en manos privadas, pasando su tenencia a partir de ese momento a ser prerrogativa exclusiva del Banco Central.

Aún cuando el Gobierno tomó medidas drásticas contra los intereses de la burguesía, no estaba políticamente dispuesto a establecer una alianza con las organizaciones populares de masas y sus expresiones políticas, como era el caso del Partido Comunista. Durante los doce días que duró el Gobierno de Grove quedó manifiesta su actitud hacia el Partido Comunista, pero fue aún más lejos

«...sería infantil suponer -dijo Grove- que después de todas las decepciones sufridas en el régimen anterior, fuésemos a tener contemplaciones con los comunistas que aspiran a destruir todo lo que existe. Estamos resueltos a proceder con mano dura contra los comunistas...» (10)

Como resultado del golpe del 4 de junio de 1932 los obreros radicalizaron sus demandas. Trabajadores de todo el país exigían la inmediata socialización de todas las industrias estratégicas. Los trabajadores de los molinos de trigo de Santiago escribieron a la Junta solicitando que su industria fuera socializada, ya que el pan era el principal alimento de los pobres. La situación se polariza, en 1973 Chile atravesó una situación de gran parecido a la atmósfera que se vivió en 1932. Los trabajadores exigían medidas radicales para parar el boicot económico con el que la burguesía estaba profundamente comprometida.

Pese al hecho de que la Junta y Grove eran resueltamente anti-imperialistas, no contaban con que los trabajadores pudieran romper el marco de acción que el Gobierno había impuesto y, para su desconcierto, los acontecimientos les sobrepasaban avanzando rápidamente en un franco período pre-revolucionario, en el cual indudablemente la iniciativa estaba en manos de los trabajadores. Las consecuencias no tardarían en hacerse sentir. Los poderes imperialistas de la época, Estados Unidos e Inglaterra, no permanecían indiferentes. Conjurados con oficiales de alto grado, promovieron con éxito un golpe de Estado contra la «República Socialista», que fue derrotada inexorablemente como resultado de su propia debilidad interna a lo que añadía la desconfianza en la fuerza popular y en su capacidad real de tomar el poder. La huelga general de apoyo a Grove, convocada los días 16 y 17 de junio de 1932 fue reprimida con derramamiento de sangre por los militares, quienes indudablemente contaban con capacidad y medios para hacerlo.

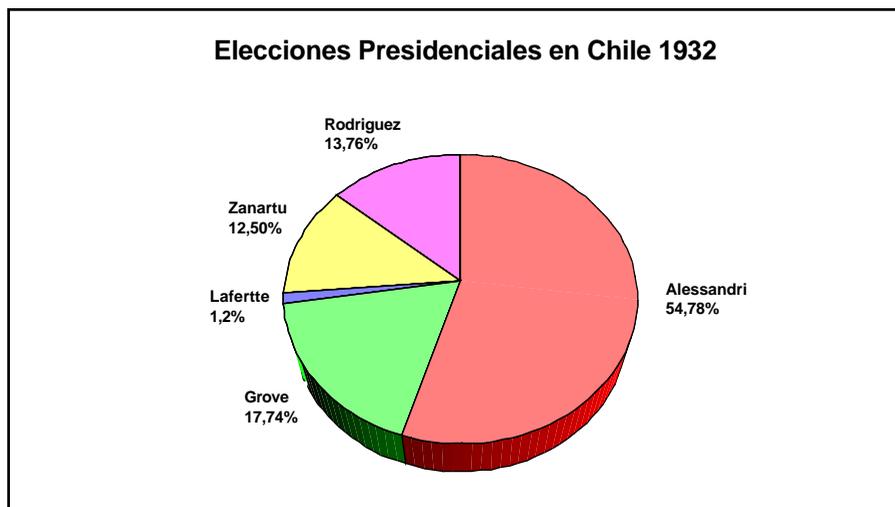


Gráfico IV

La represión desatada en los días siguientes era esperada, pero no por ello menos sorprendente en su brutalidad. El nuevo presidente, Carlos Dávila, lanzó toda la fuerza de la represión contra los líderes del derrotado Gobierno y contra los dirigentes de la clase obrera. El nuevo Ejecutivo, de ninguna manera estable, duró 100 escasos días y, finalmente, después de una rápida y desordenada sucesión de acontecimientos, recae sobre Abraham Oyanedel, en su calidad de presidente de la Corte Suprema de Justicia, la responsabilidad de convocar nuevas elecciones en diciembre de 1932.

Alessandri vuelve victorioso a la Presidencia de Chile apoyada con el 54,78% de los votos.

Esta nueva Administración debe enfrentarse a los devastadores efectos de la crisis mundial de 1929, que previamente había provocado la abrupta caída del régimen de Ibáñez.

En 1933 las exportaciones chilenas de salitre se habían reducido de 3.233.321 Toneladas en 1929, a tan sólo 437.655 en 1933. Este pronunciado declive se tradujo en la incapacidad del país para mantener la tasa de importaciones de bienes manufacturados debido a la falta de divisas. Naturalmente, la reacción a esta situación fue un incremento en el ritmo de industrialización que se había iniciado en los años inmediatamente posteriores al desenlace de la guerra. Volveremos sobre este punto más tarde.

La característica más relevante de este segundo período de Alessandri es el autoritarismo, para lo que habría de recurrir a poderes extraordinarios y controlar así el descontento popular. En 1936 se tomó la más importante iniciativa política de la época para institucionalizar el carácter represivo: La Ley de Seguridad Interior del Estado, que se usó reiteradamente como referente legal en la represión a los trabajadores. La decisión del Ejecutivo de enviar esta propuesta al Congreso se debió en parte al regreso del Bloque Socialista al Congreso y al deseo del Gobierno de acallar las críticas de los propios Socialistas. De hecho el objeto primordial de esta Ley era la protección de los miembros del Ejecutivo de posibles ataques verbales o escritos del público, argumentándose que un ataque sobre miembros del Ejecutivo era un ataque contra el Estado. Pedro González, del Bloque Socialista, sintetizó la visión de la oposición

«Nos incorporamos para combatir por todos los medios a nuestro alcance las nuevas formas de opresión, ideadas por la dictadura civilista y plutocrática que pretende culminar su obra

de extorsión auspiciando el despacho de una ley que le permita consumir la monstruosidad jurídica de autorizar a los jueces para condenar como autor de delitos contra la seguridad interior del Estado a los ciudadanos que de palabra o por escrito hubieran ofendido a ciertos funcionarios públicos» (11)

Es durante este período que el Partido Comunista cambió su política respecto a la alianza de clases. Hasta entonces, el P.C. había luchado contra el populismo de Alessandri y contra la Administración Ibáñez, y le dio su total apoyo a la «República Socialista» entendiendo que sería una buena oportunidad para desafiar el poder burgués exigiendo que

«...todo el poder a los Comités Revolucionarios de obreros, campesinos, soldados y marineros..»

Durante la Conferencia del P.C. de 1933 y como resultado del análisis hecho de la situación política internacional, los comunistas deciden priorizar la «revolución democrático burguesa» como un peldaño para desarrollar el sistema capitalista con características propias y, a partir de ahí, lanzar la ofensiva por las conquistas socialistas. Este marco teórico sentaría las bases para la acción política de lo que sería más tarde el período de los Frentes Populares.

El otro acontecimiento importante de este período digno de ser mencionado, dado lo duradero de sus consecuencias, es la fundación del Partido Socialista, que no es sino la resultante directa de los acontecimientos de junio de 1932.

«...las condiciones eran las apropiadas para desarrollar un nuevo partido de este tipo por lo que cinco pequeños grupos de izquierda, sin ninguna relevancia en el escenario político chileno, deciden fusionarse y crear una única organización. El 19 de abril de 1933 acción Revolucionaria Socialista, partido Socialista Marxista, Nueva Acción Pública, Orden Socialista, y Partido Socialista Unificado fundaron el Partido Socialista de Chile. Los orígenes reales del Partido pueden encontrarse tan atrás como el 4 de junio de 1932 fecha en la que Eugenio Matte Hurtado y Marmaduke Grove derrocaron el gobierno de Juan Esteban Montero...»(12)

El nuevo partido tenía claramente una vocación anti-imperialista y entre sus principios declaró

«...Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación...» (13)

A medida que se acercaban las elecciones de 1938 las fuerzas políticas chilenas tomaban las medidas necesarias para enfrentarlas en la mejor forma. Hacia 1938 el Partido Comunista era una fuerza política bien asentada que había introducido importantes cambios en su estrategia hacia el socialismo. El Partido Socialista, por otra parte, se había transformado en una organización-paraguas conformado por una serie de grupos pequeños bajo una dirección única (aún cuando no todos seguían a esa dirección), constituyéndose también en otra importante fuerza política.

Aguirre Cerda salió victorioso de estas elecciones con una estrecha mayoría sobre la candidatura de Ross. No obstante Ross, junto a las fuerzas de la derecha, pretendieron ignorar el triunfo de Aguirre Cerda. El tácito apoyo de las FFAA, que no se querían ver una vez más implicadas directamente en política, hizo que Aguirre pudiera asumir la Presidencia de Chile.

El nuevo presidente electo había logrado aglutinar entorno a sí a los partidos Socialista, Comunista y a su propio Partido Radical, constituyendo así la primera experiencia de un Frente Popular. Pero debido a los acontecimientos que jalónaron su elección final, Aguirre Cerda fue recabando apoyo de otros insospechados sectores. De hecho, González Von Maré, líder encarcelado del Partido Nazi, dio su apoyo y el de sus seguidores a Aguirre Cerda. Por otro lado Ibáñez, que hasta dos semanas antes de la elección mantenía su candidatura, fue arrestado en relación a los acontecimientos acaecidos en la oficina del Seguro Obrero. El también apoyó a última hora al candidato del Frente Popular.

Hasta el momento en que el Frente Popular se transforma en una realidad, el espectro político del país se definía claramente de acuerdo con las ideologías predominantes, es decir, derecha, centro e izquierda. Este nuevo posicionamiento ideológico -el Frente Popular- significó el rompimiento definitivo con el viejo sistema de clientelismo y caciques locales, aún cuando tomó todavía un tiempo romper con la práctica del «cohecho», preferentemente en las zonas rurales.

Los Radicales aumentaron su representación entre las clases medias manteniendo la posición de centro y, con una ideología pequeño-burguesa, a fueron adoptando posturas oportunistas en relación a sus alianzas. Estaban dispuestos a entrar en alianza con la derecha o con la izquierda para mantener el control del Ejecutivo y, a través del mismo, el control de la burocracia del Estado como una fuente de apoyo electoral. Esta «promiscuidad» política quedó de manifiesto en 1946, dentro del Frente que llevó a González Videla a la presidencia, formando una alianza de Radicales (partido de González Videla), comunistas y liberales.

La campaña del Frente Popular con un discurso de reformas básicas consiguió un amplio apoyo. Discursos de campaña pidiendo «pan, ropa y techo» fueron asumidos por las masas. Los presidentes Radicales disfrutaron de un período de tranquilidad social durante siete años (1938-1945). Esta paz social fue una consecuencia inmediata de la Segunda Guerra mundial, que conllevó un fuerte empuje al proceso de industrialización reportando algunos beneficios sociales a los empleados no manuales y, a la clase obrera que disfrutaron de un incremento real de sus salarios. Pero la relación entre los Radicales, con su ideología pequeño-burguesa, un Partido Socialista, con sus diferentes tendencias, y el Partido Comunista, llegaron a un abrupto final no sin haber pagado antes un precio político.

En aras de mantener el Frente Popular como una opción y mantener su cuota de poder ambos partidos (P.C. y P.S.) populares tuvieron que hacer concesiones nada despreciables. Esta forma de cohabitación de clases, con hegemonía del Partido Radical, tendrá también una influencia en las relaciones P.S.-P.C.. En 1946 el P.C. apoyó la candidatura de González Videla mientras que el P.S. postuló candidato propio. González Videla cedió ante las presiones de Estados Unidos en relación a la «guerra fría» lo que en la política chilena se tradujo en la salida del P.C. del Gobierno y su posterior represión por parte del mismo Gobierno al que ellos habían contribuido a elegir. Esta represión contó con el apoyo del P.S., que se mantuvo todavía un tiempo en el Gobierno.

González Videla hizo aprobar la tristemente célebre «Ley de Defensa de la Democracia» más conocida por los trabajadores como la «Ley Maldita». El propósito de la misma era la destrucción política y si era necesario, física, del PC y su dirección. Entretanto, el PS estaba profundamente dividido en dos posiciones fundamentales. Una de ellas, conocida como Socialistas de Chile, apoyaba al régimen; la otra, consciente de lo que estaba en juego, se oponía a González Videla y simpatizaba con el PC que padecía una fuerte represión.

La Ley Maldita no sería derogada hasta 1958. Pese a la ley y la represión sufrida, la relación entre Socialistas y comunistas mejoró sensiblemente. En 1952 una vez que el P.S. había roto toda su relación con los «Colaboracionistas», Comunistas y Socialistas se aliaron para apoyar la candidatura de un militante socialista a la presidencia del país en la persona de Salvador Allende Gossen.

NOTAS.

- 1.- «El Despertar...» Citado por Luis Vitale. Interpretación...» pág 78
- 2.- Luis Emilio Recabarren. «El Socialismo.»
- 3.- Donoso Ricardo. «Alessandri, Agitador y demoledor».
- 4.- Para un recuento detallado ver A. Pinto «Chile un caso dedesarrollo frustrado Pág. 69 y B. Loveman «Chile the legacy of Hispanic Capitalism.» Pag 226
- 5.- Donoso Ricardo. «Alessandri, agitador y demoledor.» Vol 2 pág 242.
- 6.- Nunn F. «The military in Chilean History.» Pag 134
- 7.- Zemelman Hugo. «El Movimiento Popular Chileno y el Sistema de Alianzas en la década de los 30'» En P. González (Ed.) América Latina en los años treinta.»
- 8.- Barría S. Jorge. «El Movimiento Obrero en Chile.» Pag 62
- 9.- Vitale Luis. «Interpretación Marxista de la historia de Chile.»
- 10.- «El Sur». 10 de junio 1932. Citado por Vitale «Interpretación...»
- 11.- González Pedro, sesión 24 de Abril 1935. Citado por Donoso. «Alessandri...»Pag. 165 Vol 2
- 12.- Pollack Benny, «The Chilean Socialist Party; A case Study in Party Organization.» (Phd. Thesis. University of Liverpool 1979.
- 13.- Jobet J.C. «El Socialismo Chileno y sus Congresos.»

CAPITULO II

DESARROLLO DE LA ECONOMIA CHILENA

El período económico inmediatamente posterior a la independencia puede ser juzgado como moderadamente exitoso ya que sus productos de exportación pudieron «arrastrar» consigo a otros sectores. Antes de la Guerra del Pacífico el sector agrícola había sido lo suficientemente capaz de proveer al país con las divisas necesarias y, además, era una fuente estable de ingresos para aquellos directamente ligados a él.

TABLA I

Valor de las exportaciones agrícolas. 1844-1890

(promedio anual de período quinquenal) en '000 pesos.

Años	Pesos Corrientes	Pesos de 44d.
1844-45a	872	872
1846-50	1705	1705
1851-55	3756	3756
1856-60	3449	3449
1861-65	5283	5283
1866-70	9244	9244
1871-75	13241	13241
1876-80	10452	9031
1881-85	9845	7157
1886-90	8311	4978

(a) Promedio de solo dos años.

Fuente.- Resumen de la Hacienda Pública.

Londres 1917. Citado por Arnold J. Bauer.

«Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930» pág.67

Una nueva fase se inaugura después de 1879, con la anexión de los campos salitreros que hasta esa fecha eran propiedad de Perú y Bolivia. El salitre se transformó así en la fuerza conductora fundamental de la economía; al mismo tiempo, representó una «botella de oxígeno» que pudo sacar al país de la crisis en la que se hallaba inmerso desde 1875. Antes de la Guerra del Pacífico, Chile había sido un importante proveedor de trigo, cobre y plata, lo que le daba una mayor flexibilidad en relación a los efectos de las fluctuaciones que estos productos pudieran sufrir. Pero a partir de ahora, Chile sería altamente dependiente de un solo producto, y de su habilidad para exportarlo y de los precios que el mismo pudiera alcanzar en el mercado internacional.

TABLA II
Mercado mundial del Salitre (en Tons.) 1886-1890

Año.	Exportación.	Producción	Consumo.	Precio medio. (Libras)
1880	223,974	224,000	n/d	15/10/-
1881	359,718	356,00	203,024,80	14/6/8
1882	492,246	492,000	290,335,2	13/5/-
1883	589,720	590,000	378,020,50	12/-/-
1884	558,900	559,000	496,202,40	10/-/-
1885	435,988	436,000	568,459,20	9/7/6
1886	444,000	451,000	323,00	10/5/-
1887	700,000	713,000	443,000	9/10/-
1888	770,000	767,000	598,000	9/10/-
1889	905,000	951,000	762,000	10/0/-
1890	1,028,000	1,075,000	865,000	8/14/6

Fuente.- T.F. O'Brien "The Nitrate Industry and Chile's crucial Transition; 1870-1891 & O. Sunkel. "Un siglo de Historia Económica de Chile 1830-1930"

También había otros productos de origen agrícola que en el pasado habían generado ingresos por exportación, pero su mercado no llegó a prosperar debido a diversos factores, como la pérdida de fertilidad, los métodos de

trabajo en la tierra, y por último pero no menos importante, por el modelo dominante de estructura de la propiedad de la tierra.(1) Este sector fue incapaz de competir en el mercado internacional, e incapaz de satisfacer ni siquiera la demanda interna, pese a la alta proporción de la población económicamente activa que se empleaba en este sector. Aunque ciertamente, la principal fuente de divisas no podría venir de la agricultura debido a su pobre rendimiento.

Sin embargo, el sector minero, pese a ocupar sólo 57.000 personas, era la principal fuente de ingresos en moneda extranjera. Las principales exportaciones eran salitre y cobre en ese orden. Ambos productos ingresaron al país 111.7 millones (pesos oro 18d.) en 1918, que en esa fecha representaba el 44,84% del total de los ingresos del Estado. Cifras que son sólo comparables con las de 1923, fecha en la que el salitre contribuyó con 76,4 millones (peso oro de 18d), representando el 40,61% del total de los ingresos del Estado.

Pero esta fuerte dependencia de dos productos venía aparejada también a la inestabilidad económica, debido a las fuertes fluctuaciones en los precios y a la cantidad total de la demanda, lo que significaba que cualquier fluctuación tendría efectos directos sobre otras áreas de producción. El país no tenía suficiente poder para controlar los precios industriales ni para influir siquiera en los acontecimientos que pudieran garantizar un mercado más estable para estos productos.

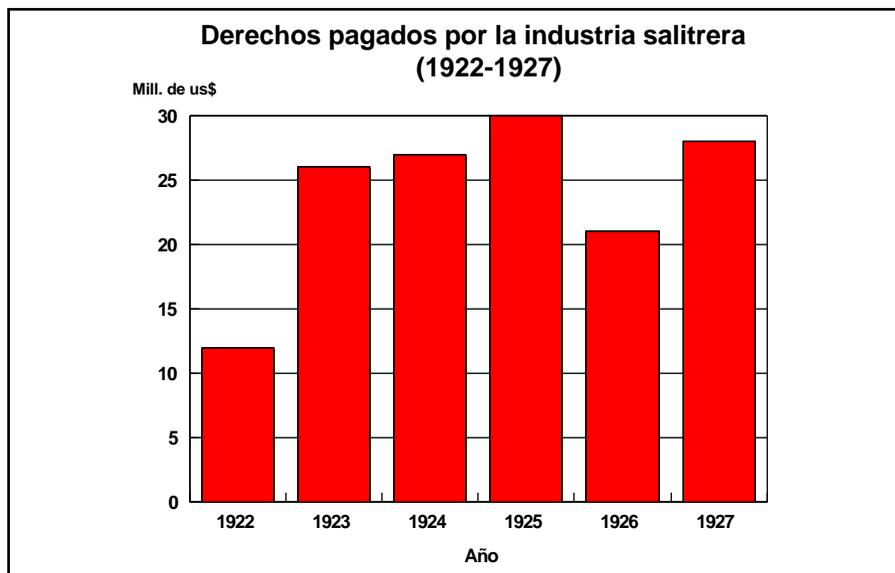


Gráfico V

TABLA III
VOLUMEN DE EXPORTACIONES DE COBRE Y SALITRE.

Año.	Cobre en barras (ton.)	Salitre (ton).
1919	47,165	804,000
1920	85,165	2,746,100
1921	53,434	1,913,100
1922	120,330	1,252,000
1923	162,419	2,243,000
1924	181,442	2,333,400
1925	172,044	2,518,900
1926	187,231	1,668,200
1927	226,035	2,271,500
1928	271,936	2,832,900
1929	308,305	2,896,900
1930	196,024	1,785,700
1931	211,738	1,454,600
1932	120,712	243,400
1933	156,321	669,200
1934	239,806	1,277,600
1935	259,757	1,260,200
1936	239,238	1,286,300
1937	383,249	1,608,300
1938	349,300**	1,572,800**
1939	312,200**	1,415,800**
1940	357,00**	1,452,000**
1941	440,100**	1,270,500**
1942	553,826***	
1943	550,000***	

* Estadística Chilena, Dic. 1937, Pág. 730

** « « Dic. 1942, Pág. 603

*** Estimaciones.

Fuente.- «The Chilean Development Corporation.» Herman Finer.

Una de las razones que derivaron en esta situación deviene de que, se debe a que después de la Primera Guerra Mundial, se descubrieron sustitutos sintéticos para el salitre y aún cuando Chile era un líder en la exportación de cobre, el mercado estaba férreamente controlado por los compradores más que por los vendedores.

Observando las cifras reflejadas en la tabla V, se puede ver claramente que cobre y salitre proveen (en diferentes porcentajes) al país con más del 70% de las divisas chilenas entre los años 1923 y 1929.

Por razones políticas, el sistema impositivo chileno no estaba orientado a gravar ni la tierra ni la producción, mucho menos impuestos sobre ingresos privados, por lo tanto al Estado sólo le quedaba gravar las importaciones y las exportaciones. El Gobierno podía descansar sólo en el fácil y barato sistema de controlar los impuestos sobre las importaciones y, al mismo tiempo, ejecutar las medidas políticamente populares de gravar las exportaciones (usando un lenguaje nacionalista), para justificar impuestos sobre los minerales, lo que a su vez traería dividendos políticos.

Los efectos distorsionadores del inicio de la Segunda Guerra Mundial se hicieron sentir sobre las instituciones financieras a los pocos días del inicio de las hostilidades. Tuvo lugar una corrida bancaria con fuertes retiradas de depósitos, especialmente en los bancos alemanes que obedecía al sentimiento generalizado de que los fondos estarían más seguros en otros países europeos, pero en realidad había una desconfianza general hacia el sistema bancario debido a las naturales incertidumbres creadas por la guerra. En el caso del sistema bancario chileno, los ciudadanos miraban al Gobierno con el propósito de obtener ayuda, apoyo que el Ejecutivo se mostraba dispuesto a dar. En una primera iniciativa, el Gobierno depositó más de un millón de libras esterlinas a favor de un crédito a los bancos Español, Nacional y de Chile.

La industria salitrera fue seriamente afectada debido a la intempestiva caída de la demanda de un producto que se había usado como fertilizante principalmente en Alemania, Bélgica, y Austria; y, paralelamente porque las líneas de créditos, que las instituciones financieras europeas podían proveer, se habían roto.

Como una forma de ayudar a la industria a para que atravesara lo que se veía como un mal temporal, el Gobierno estaba dispuesto a proveer de grandes cantidades de recursos financieros en calidad de préstamos a la empobrecida industria. Pero, dado que ni el Gobierno mismo disponía de los fondos necesarios hubo, de recurrir a la emisión de Bonos del Tesoro, de los que los productores de salitre tendrían que pagar el 6% de interés anual.

TABLA IV
 VALOR DE LAS EXPORTACIONES DE COBRE Y SALITRE.
 (en millones de pesos a 40 por Libra)

<u>Año.</u>	<u>Cobre.</u>	<u>Salitre</u>	<u>Total.</u>
1923	408,5	969,0	1,377,5
1924	422,8	1,016	1,439,5
1925	403,0	1,104,4	1,507,4
1926	401,6	805,4	1,207,0
1927	460,6	933,3	1,393,9
1928	622,8	1,001,5	1,624,3
1929	958,1	1,046,3	2,004,4
1930	464,8	612,9	1,077,7
1931	314,6	367,2	681,8
1932	123,5	57,7	181,2
1933	128,1	87,0	215,1
1934	157,8	150,6	308,4
1935	179,9	147,3	327,2
1936	213,9	158,5	372,4
1937	506,8	189,6	696,4
1938	329,3	152,7	482,0
1939	332,5	151,0	483,5
1940	381,4	141,0	522,4
1941	473,0	123,3	596,3
1942	562,5**	119,9**	582,4
1943	511,1**	127,2**	638,3

* Estadística Chilena 1937 y 1942

** Estimaciones.

Fuente.- «The Chilean develop...» H. Finer.

Pese a este apoyo, el cierre de plantas más la reducción del total de toneladas exportadas habrían de tener efectos sociales desastrosos. No obstante, a medida que avanzaba la Guerra, la demanda de salitre comenzó a recuperar sus niveles anteriores.

«... si el salitre es un producto altamente valorado para los pacíficos fines de la agricultura, lo es todavía más para los destructivos propósitos de la guerra. «(2)

El período depresivo que se había iniciado con la Guerra, llega a su fin y el salitre, por razones distintas, comienza a recuperar sus niveles anteriores y los industriales pueden hacer frente a los préstamos otorgados por el Gobierno durante la crisis de la que la industria empieza a salir.

Con este repunte en la economía, los productos de exportación fundamentales como salitre, cobre y trigo (este último alcanzando 1,645,643,000 qq mm) llegan a disfrutar de buenos precios en el mercado internacional.

Durante los años de la Guerra, las industrias manufactureras encontraron un clima propicio para desarrollarse debido a la incapacidad de la industria europea de proveer de una línea de suministros estables de la misma forma en que lo había hecho antes del conflicto. La industria se lanzó, sin ninguna planificación, por un camino de sustitución de importaciones que habría de continuar en los próximos años.

Las industrias más prósperas fueron aquellas que no tenían que confiar en las empresas extranjeras para proveerse de materia prima. Entre estas industrias se debe mencionar la del cemento, que empieza a satisfacer la demanda que existía como resultado del programa de gastos públicos que había iniciado el Gobierno. El sector textil es otra área que logra un importante desarrollo motivado por la interrupción de los suministros que se enviaban desde Inglaterra. Hubo también otras industrias livianas que, por las mismas razones, se desarrollaron bastante bien, como la del vidrio, muebles y calzado. Pero pronto las industrias van a necesitar un mercado más amplio para poder así reducir los costos de producción y mejorar la productividad. Dado que el tamaño del mercado no aumentaba a la velocidad que se requería, aquellas industrias que sólo podían tener éxito en amplios mercados fueron incapaces de iniciar sus actividades pese a la demanda de sus productos. Un ejemplo es el caso de la industria de celulosa, que se desarrollará más tarde.

El hecho de que las exportaciones chilenas pudieran obtener buenos precios debido a la situación de guerra, sumado a una permanente caída en la cantidad,

variedad y valor de las importaciones, se tradujo en que Chile disfrutara de una balanza comercial saludable, lo que a su vez presionó para incrementar la tasa de cambio, que a fines de 1916 ya era de alrededor de 10d. (3)

TABLA V

Tasas de cambio.

1912	10,2
1913	9,75
1914	8,97
1915	8,25
1916	9,46
1917	14,50
1918	15,40

Fuente: G. Subercaseaux. «Monetary...» Pág.- 162

A medida que la demanda mundial de salitre aumentaba, también lo hacían los impuestos sobre la exportación lo que provocaba que a su vez aumentara la dependencia del salitre. De hecho, los impuestos sobre el salitre representaron 43% del total de los ingresos del Estado chileno entre los años 1880-1929, siendo el más alto en 1915, cuando salitre y yodo representaron 60,16% del total de los ingresos del Estado. Pero la debilidad que representaba esta dependencia se hizo más evidente a principios de los años 20', cuando quedan claras las consecuencias que esta dependencia pueden originar. Las fuertes caídas de 1922, 1927 y 1931 fueron particularmente impresionantes. Estas caídas de los ingresos no se correspondieron con una caída en el gasto público. Esto se entiende en parte por las consecuencias perjudiciales que esta política pudiera tener, pero al mismo tiempo, parece ser que hay un elemento de falta de voluntad para encarar el problema con soluciones radicales. Por lo tanto, el camino más fácil, fue aumentar la deuda pública, acompañado de una política de aumento de la tasa de impuestos sobre las importaciones, lo que tuvo un efecto inmediato en el incremento del costo de la vida golpeando seriamente al segmento de la sociedad con ingresos más bajos. Los industriales y en general la élite tenían otros recursos para protegerse contra la inflación que en 1920 era una «característica normal» en la economía chilena.

La crisis de 1929 se hizo sentir con particular dureza en Chile. Afectó al país de tal manera que la pérdida de comercio, y consecuentemente la caída de

liquidez de moneda extranjera, llevó al país a declararse insolvente, y no poder asumir las deudas de los préstamos contraídos en los años previos.

Las consecuencias de la dependencia de un sólo producto ya se había hecho sentir durante la Primera Guerra mundial, lo que llevó al Gobierno a diversificar y colocar en movimiento un proceso de industrialización vía sustitución de importaciones; esta actitud era perfectamente coherente con una línea de pensamiento más general relacionada con la necesidad de planificar de alguna manera el desarrollo económico. La idea de planificación se vio reforzada con la llegada en 1925 de la Comisión Kemmerer, que visitó Chile con el objeto de aconsejar en política económica y, en general, en planificación. Como resultado de este grupo de estudio se crea el Banco Central.

Pero el intento de planificación no logra desarrollarse lo suficiente para dar respuesta al problema fundamental de la industrialización y, en general, no da respuesta al problema de las grandes desigualdades que estaban presentes en la sociedad chilena. Mono producción y el tamaño del mercado eran dos problemas cruciales que amenazaban los intentos de industrialización.

Fue durante el Gobierno de Ibáñez que los Estados Unidos aumenta su grado de influencia en los asunto económicos chilenos. En este período Chile gira «...de semi-colonia inglesa a semi-colonia Norteamericana...»(4)

La influencia económica de EEUU aumentó debido en parte a la voluntad de Ibáñez de obtener préstamos para mantener la tasa de gastos, por lo que favoreció inversiones directas en el sector minero por parte de inversores privados norteamericanos. En 1930, las inversiones directas norteamericanas alcanzaron la cifra de US\$ 440 millones, de los cuales más de 330 millones fueron al sector minero y alrededor de US\$66 millones en comunicaciones y transporte.

El imperialismo norteamericano se manifestó en que sus inversiones fueran desde US\$15 millones en 1912 a US\$451 en 1928 y llegara a la cifra de US\$ 700 millones en 1930. A principio de los años 20, préstamos e inversiones en portafolio alcanzaban ya los US\$100 millones. El empuje para penetrar en Chile (y la disposición del Gobierno para aceptarla) fue tal que

«...aproximadamente un tercio de todos los fondos privados norteamericanos directa o indirectamente comprometidos en América Latina, fueron invertidos en Chile...» (5)

La industria del salitre estaba en la práctica completamente controlada por compañías extranjeras, entre ellas la compañía Guggenheim Brothers y el

Banco Anglo, y sólo el 5% de la industria estaba en manos de capital chileno. El hecho indiscutible de que el salitre perdía terreno en el mercado significaba que el control, fuera extranjero o nacional, era prácticamente irrelevante. No obstante, el cobre, la nueva fuente de ingresos, estaba en manos de compañías norteamericanas tales como la Chile Exploration Co., Andes Cooper Mining Corporation y la Braden Copper Co. Pero no sólo los recursos naturales chilenos estaban en manos de compañías extranjeras. La mayoría del comercio se realizaba a través de casas comerciales extranjeras tales como Williamson Balfour Co. y Gildemeister y Cia., que canalizaban los escasos recursos en moneda extranjera en pagos y beneficios a las casas matrices en los países de origen.

Aún cuando Ibáñez desarrolló un programa de gastos públicos, fue incapaz de poner en marcha un proceso autosostenido de industrialización. A la fecha de la crisis, Chile era todavía un proveedor de materias primas pero ahora con una fuerte presencia de EEUU en los asuntos económicos, (presencia que iba en aumento), por lo que su condición de exportador de materias primas se ve reforzada.

Inmerso en la crisis, las instituciones financieras extranjeras fueron incapaces y se mostraron poco dispuestas a continuar proveyendo al país de los necesitados créditos. En el caso del Anglo-South American Bank (6) la crisis significó su cierre. Otros dictadores de América Latina, como Machado en Cuba y Leguía en Perú, habrían de tener la misma suerte que Ibáñez el 26 de Julio de 1931.

La deuda total del país en moneda extranjera se transformó en un peso sobre el resto de la economía. En 1939 la deuda a largo plazo era US\$ 350.000.000, la deuda de corto plazo de US\$ 44.500.000 y la inversión extranjera alcanzó niveles sin precedente en la áreas siguientes:

SECTOR MINERO (millones US \$)

Salitre	218,9
Cobre	175,3
Hierro	4,3
Borax	3,0
Comercio de Minerales	0,5

COMUNICACIONES

Ferrocarriles	121,6
Telégrafos	3,1
Teléfonos	26,3

FINANZAS

Bancos	8,3
Seguros	4,7

(7)

La deuda en moneda extranjera parece ser una característica «inherente» a la economía chilena independientemente de la buena salud que hubiera disfrutado en un momento determinado. De hecho, durante el período de expansión del salitre (1885 a 1905) la deuda pública aumentó en un 226%, el argumento al que recurrían las autoridades políticas era la necesidad de cubrir el déficit en el comercio exterior, cubrir los déficits presupuestarios y mantener artificialmente alto el precio del peso (8)

Ahora bien, si se considera un período más largo, 1885-1931, el déficit público aumentó en un 931%; pero a este período se le debe sumar tanto las mejoras que se hicieron en el equipamiento de las Fuerzas Armadas como el financiamiento de la inversiones públicas, preferentemente durante la Administración de Ibáñez.

TABLA VI
INGRESOS Y GASTOS DEL GOBIERNO. (en miles de libras esterlinas)

Año.	Gasto medio anual	Ingreso medio anual
1882-1886	5762,0	4859,4
1887-1891	6628,6	6147,0
1892-1896	5910,2	6480,2
1897-1901	7574,6	7900,2
1903-1906	9230,4	9805,2
1907-1911	12816,2	13141,4
1912-1916	14860,2	15479,8
1917-1921	21883,2	19895,8

Fuente.- Citado por Bowman & Wellerstein «Fall of Balmaceda.»
Journal of Inter-American St. and World Affairs. Vol. 24 Nov. 1982

A partir de 1925, Chile inició un breve período saludable en relación con su comercio exterior. El sector exportador alcanzó nuevos niveles comparables sólo a los logrados a fines de la I Guerra Mundial. Por otro lado, las importaciones crecieron a niveles desconocidos (aquellas importaciones no sujetas a restricciones debido a la guerra). En esas fechas el salitre aún disfrutaba de un papel relevante en el modelo general de exportaciones, alcanzando en 1928 y 1929 cifras comparables solo a las de 1916-1918 (9)

Pese a lo anterior, tanto el Gobierno como la élite se habrían de enfrentar a la crisis más profunda que jamás había sufrido la economía chilena. Básicamente se enfrentaba a dos opciones: La primera era mantener la economía abierta al mercado extranjero a través de un producto y padecer los movimientos pendulares infligidos por la crisis en otros países. Esta política llevaba implícito esperar hasta que el mercado internacional lograra ciertos niveles de recuperación y trajera aparejado como consecuencia directa, una vez más, el estímulo a la economía local. En otras palabras esta alternativa implicaba mantener una política económica que evidentemente se mostraba débil en momentos de crisis.

La otra alternativa abierta era un aumento de la actividad económica con una orientación «hacia adentro» y desarrollar por lo tanto una política proteccionista, gravando los bienes importados de tal forma que en corto plazo los ingresos del Gobierno se vieran incrementados; y lo más importante, apostar con fuerza por la industria local para que no estuviera necesariamente ligada al sector exportador.

Los políticos chilenos optaron por el segundo camino como la vía para salir de la crisis. Las razones para decantarse por esta opción se pueden encontrar en las presiones a la que estaba sometido el Gobierno por parte de organizaciones tales como la Sociedad Nacional de Agricultura (S.N.A.) y la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA). La S.N.A. venía desde 1880 propiciando tarifas selectivas de protección sin comprometerse con el proteccionismo desde un punto de vista ideológico (10). No obstante, se puede percibir un giro después de los acontecimientos de 1891, para pasar a asumir las políticas proteccionistas que habrían de seguir desde comienzos de los 30'.

Explicaban su política proteccionista de la siguiente manera:

«Si la agricultura languidese entre nosotros hoy día, se debe a la distancia que nos separa de los grandes mercados y a la falta de medios de transportes expeditos y baratos, bajo condiciones que permita (a nuestros productos) de mantener su

posición en la cada vez más fuerte competencia universal. Es por esta razón que estamos más interesados que nadie en la expansión del consumo interno de nuestros productos». (11)

No mencionan para nada la baja productividad y los altos costos de producción como una de las claves para entender sus altos precios.

El otro grupo de presión era la SOFOFA, que ideológicamente estaba más comprometida con el proteccionismo y podía contar con el apoyo de la S.N.A cuando se buscaba el proteccionismo industrial. Por ejemplo, en 1908 ambas sociedades se unieron en apoyo de una propuesta levantada por la SOFOFA, en el sentido de que todo el material rodante para ferrocarriles se debería adquirir a la industria nacional y ambas organizaciones coincidían en que el Gobierno debería tomar las medidas necesarias para el desarrollo de una industria del acero nacional, que a su vez proveería de materia prima a otras industrias. Aún con énfasis diferentes, ambos intereses, industriales y agrícolas, apoyaban el proteccionismo. Esto los hacía diferentes de otras organizaciones patronales en América Latina, especialmente en el caso de los grandes latifundistas quienes estaban más inclinados por una política de libre comercio y por el uso de ventajas comparativas. En el caso de Perú y Argentina los agricultores estaban ligados por sus intereses al mercado externo, por lo tanto tenían capacidad para competir. En el caso chileno el proteccionismo debe ser interpretado como resultado de la ineficiencia y al hecho de tener unas preferencias dirigidas hacia la satisfacción del mercado interno.

La respuesta de la clase obrera, que debía padecer muchas vicisitudes, no estaba debidamente organizada y los conflictos internos dificultaban su respuesta política. Se analizará en más detalle en el capítulo siguiente. El pequeño sector industrial fue tal vez el que más se benefició de esta política proteccionista. El hecho de que este sector creciera como lo hizo no se debe confundir con la dinámica de la industrialización. El sector se desarrolló preferentemente a través del incremento de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, con un aumento de plusvalía absoluta sin inversiones considerables de capital, para mantener así la industria en movimiento, pero renunciando a inversiones en nuevas tecnologías; en otras palabras, no hubo aumento en el capital fijo y tampoco en la tasa de productividad.

Siguiendo la tabla VII O. Muñóz concluye, correctamente

«...la mayor parte del crecimiento corresponde a una absorción de fuerza de trabajo por el sector industrial y, en grado muy bajo, a una mayor productividad de la misma.» (12)

TABLA VII

Período	Producto bruto	Producto bruto x trabajo	Trabajo	Relación Capital- Producto	Relación Capital- trabajo	Partic. del trabajo en el producto
1914-15-16 a 1960-1961	4,3	0,9	3,4	0,5	1,4	0,2
1914-15-16 a 1938-39-40	3,5	-0,4	3,9	-0,9	-1,3	0,0
1938-39-40 a 1960-61	5,0	2,5	2,5	2,0	4,5	0,2

Fuente.- Apéndice Estadístico, cuadro N°s II-2,2,III-1, III-3, V-1, V-4

Nota.- Ante la carencia de datos sobre capital para la última fecha se ha supuesto que el coeficiente capital-producto de 1957 es el mismo de 1960-61 (13)

El período de entre guerra de la economía chilena se puede caracterizar como uno de grandes contrastes, en el cual los extremos son aquellos de crisis con el comienzo de la guerra, y el punto de alza el período de desarrollo de la industria ligada a la guerra, en el que aumenta la demanda de cobre y salitre. Y, finalmente, la crisis de 1930, que marca el final y el colapso de la industria salitrera como una industria viable para el desarrollo del país como un todo.

Pese a ello, durante el período en cuestión hubo un crecimiento industrial anual del 3,5% como resultado de la habilidad de absorber mano de obra que estaba disponible debido al cierre de las oficinas salitreras en la zona norte del país. Pero el proceso de sustitución que había comenzado, como resultante de los inconvenientes provocados por la guerra, se agota, dado que las desigualdades básicas en la distribución de la riqueza no se habían enfrentado. El problema de la distribución del ingreso ni siquiera fue considerado como una política de Gobierno. El incongruente estado de las áreas rurales con su igualmente vergonzosa desigual distribución del ingreso y de la tierra, tampoco recibieron respuesta y los intentos de reforma agraria se tradujeron más en colonización que en distribución. Las actitudes de la élite fueron claras por voz de uno de sus miembro más prominentes, Héctor Rodríguez de la Sotta, cuando dice:

«...El sufrimiento y las lamentables circunstancias que acosan al pobre y que los sociólogos dicen que es malo, nosotros, cristianos decimos que es adecuada ... Ya que en nuestro concepto de cristianos , la pobreza es el estado a través del cuál el ser humano alcanza su destino interno.» (14)

Pero tal vez se espera demasiado de la clase dominante en este punto en la historia. Sería ingenuo presumir que las clases dominantes van a proveer mejores condiciones simplemente porque es humanamente deseable y porque sea moralmente correcto. Lecciones de la historia que deben ser aprendidas.

Es durante este período cuando la burguesía local se hace más dependiente de las políticas de EEUU y que durante los años siguientes se trasladarían a otros campos además del económico. Es el inicio de una relación por la que el pueblo chileno habría de pagar más tarde un alto precio.

NOTAS.-

- 1.- Arnold J. Bauer. «Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930». Pag 129.
- 2.- Subercaseaux Guillermo. «Monetary and Banking policy of Chile.» pag. 159
- 3.- Subercaseaux, «Monetary...» pag. 162
- 4.- Vitale Luis. «Interpretación Marxista de la Historia de Chile: de semi-colonia Inglesa a semi-colonia Norteamericana.» pág. 9
- 5.- Pike Frederick. «Chile and the United States 1880-1962» pag. 61
- 6.- Joslin D. «A century of Banking in Latin America.»
- 7.- Jobet Julio César. «Ensayo Crítico del Desarrollo Económico Social de Chile.» pág. 209
- 8.- Fetter Frank Whitson. «Monetary Inflation in Chile.» pag.141
- 9.- Sunkel O. «Un Siglo de Historia Económica de Chile: 1830-1930.» pág. 126
- 10.- Wright C. Thomas. « Landowners and Reforms.» pag. 19
- 11.- Boletín S.N.A. XXXIII 1902. Citado por T.C. Wright, «Agriculture and Protectionism in Chile 1880-1930». En Journal of Latin American Studies. 1975
- 12.- O. Muñoz. «Crecimiento Industrial de Chile 1914-1965.2 pág. 99 Tabla 5-1
- 13.- Muñoz, «Crecimiento...» Tabla 5-1
- 14.- Wright «Land Owners...» pág 79

CAPITULO III

LA CLASE OBRERA

A la fecha del comienzo de la Primera Guerra Mundial en Europa, la clase obrera chilena ya se había constituido en diversas organizaciones que representaban tanto sus intereses sociales como los políticos.

La presencia de una alta tasa de migración que se fue radicando en la zona salitrera, incluso desde antes de la Guerra del Pacífico, hizo de esta zona la más grande del país en términos de concentración de trabajadores empleados. Este es un factor que ayuda a explicar en parte el extenso trabajo que se ha realizado en este sector por parte de investigadores de la clase obrera, y la falta de atención que se le ha dado a otras áreas también muy importantes en términos del desarrollo de la clase obrera chilena como una totalidad. El caso de los trabajadores carboníferos es evidente de esto último.

Este sector tuvo desde muy temprano diversas formas de organización, pero ciertamente son necesarias nuevas investigaciones para esclarecer su visión política e investigar el desarrollo de su movimiento sindical.

No obstante, hay que destacar la gran concentración de trabajadores en una única industria que estaba en el norte.

Además otros centros fueron también testigos del descontento de los trabajadores urbanos. La huelga de los trabajadores de tranvías en 1900, que incluía entre sus demandas mejores salarios y mejores condiciones de trabajo, terminó exitosamente. La huelga de los trabajadores marítimos de 1903 tuvo relevancia nacional, debido al efecto que ejerció sobre toda la economía pero, más importante aún, porque sacó a la luz el problema social, pese a que hubo reacciones diversas. La huelga demostró la capacidad de solidaridad de la clase obrera, dado que las mutuales, pese a sus reglamentos, aportó fondos para la continuidad de la huelga. Espinoza, el líder anarquista, en un apasionado discurso dejó meridianamente establecida su posición:

«...no debemos dudar por un momento (dijo) antes de rendirnos frente a los patrones preferimos nuestros pechos atravesados por las bayonetas. Y en medio de nuestra agonía

tendremos la satisfacción de ver las llamas devorando la propiedad de nuestros tiranos, y en las agitadas aguas de la bahía el naufragio de los barcos de las compañías que hoy nos oprimen.»(1)

Los sentimientos de Espinoza se harían tristemente realidad en los días siguientes. Los trabajadores de Valparaíso fueron provocados de tal forma por los empleadores y la Policía que reaccionaron finalmente con violencia. Saqueos y enfrentamientos violentos con la Policía con los refuerzos de Caballería y Artillería que habían sido enviados desde Santiago y otras ciudades cercanas, continuaron durante varios días. Los acontecimientos que siguieron el 12 y 13 de mayo de 1903 arrojaron más de 100 muertos y un número mayor de heridos.

Pero la huelga de Valparaíso no era una excepción. Durante la huelga de 1905 en contra de los impuestos a la carne de Argentina por los aumentos de precios que acarrearía, que fué dirigida por un comité independiente de los sindicatos (aún cuando sindicalistas como Recabarren participaron), más de 60 personas perdieron la vida y varios cientos fueron heridos cuando las fuerzas de Policía pretendieron interrumpir una manifestación. También estaba la huelga de los ferroviarios en Antofagasta, exigiendo mejores salarios y condiciones de trabajo. Todas estas huelgas fueron contestadas con la represión por parte de Estado. El más alto nivel de brutalidad se hizo presente en 1907, cuando el ejército coludido con los propietarios de las Oficinas, asesinaron a más de dos mil trabajadores, hombres, mujeres y niños. Esta es una de las más sangrientas masacres de trabajadores en la historia del movimiento obrero Latino Americano.

Las raíces de todas estas huelgas no se encuentran en las ideologías socialistas o anarquistas, ni en su influencia. Las raíces están en las condiciones que la clase obrera debía soportar. En otras palabras, las raíces están en la explotación capitalista del trabajo. Bajos salarios y altas tasas de inflación debido a la depreciación del papel moneda, hicieron particularmente insostenible la situación para los trabajadores chilenos y actuó como un detonador en la clase obrera, que habría de reaccionar violentamente. Un estudio realizado por Nicolás Palacios en 1905 descubrió que los salarios entre los trabajadores no aumentaban en línea con la inflación. Los trabajadores rurales ganaban una media de \$10.80 (pesos de 10.5 d) al mes, lo que era igual a un cuarto de lo que ganaba un trabajador argentino, equivalía a un quinto del salario de un inglés,

a 1/6 de un australiano y a 1/8 de lo que podía ganar un trabajador (2) norteamericano.

Pese a las intransigencias de los empleadores y del Estado, y de la dura represión, los trabajadores no renunciaron a la acción política y gremial. La característica más clara de este período está, por un lado, en el vínculo establecido entre los partidos políticos y los trabajadores; y por otro, en el desarrollo de las organizaciones de la clase obrera, que tenían diferentes objetivos y también diferentes grados de éxito. Había tres formas de organizaciones de clase, a saber: las Mutuales, las Sociedades de Resistencia y las Mancomunales.

Las Sociedades Mutuales emergieron alrededor de 1870 y su objetivo era proveer algún tipo de seguridad social. Originalmente fueron organizaciones a las que pertenecían preferentemente artesanos, pero más tarde otros trabajadores también se integraron, dado que era la única institución que podía proveer de algún tipo de previsión social. Su relación con los empleadores y el Estado estaba caracterizada por la colaboración y no tenían un carácter de clase. En efecto, las Sociedades de Resistencia, siendo más militantes en sus demandas y en su acción política, les fue negada su incorporación a las Mutuales durante el Congreso de 1903. Con esta decisión, las mutuales dejaron clara su voluntad de no involucrarse con grupos radicales. Los mutualista estaban más ligados al Partido Democrático y en esta actitud reflejaban la ideología pequeño burguesa de la época. La influencia de las Mutuales se mantuvo entre los artesanos hasta que el Estado asumió algunas de las funciones previamente desarrolladas por éstas. Aún cuando no tenían un carácter sindicalista, se permitía a los trabajadores discutir sus problemas y tomar acciones colectivamente. Pese a no ser un sindicato, bajo ciertas condiciones podían asumir algunas funciones sindicales. La influencia de una visión sindicalista llevó a la formación de la primera Federación de Obreros de Chile (F.O.Ch.), que tiene sus orígenes entre los Mutualistas. Es difícil encontrar en las Mutuales una doctrina Socialista, y no tuvieron un papel relevante en la formación de la ideología socialista del movimiento obrero organizado durante ésta época.

Las Mancomunales se desarrollaron principalmente entre los trabajadores del salitre en el norte del país. La importancia económica del salitre como la principal fuente de ingresos, sumado al hecho de que la mayoría eran emigrantes del sur y la mayoría de ellos chilenos (los trabajadores peruanos, bolivianos y de otras nacionalidades no era relevante), unido al aislamiento de otros centros urbanos y a las condiciones de trabajo, hacían a los trabajadores salitreros

diferentes de otros sectores de clase. Fue Luis Emilio Recabarren quién organizó un gran número de Mancomunales en el norte. La primera se organizó en el puerto de Iquique en 1901. Pero otras habrían de seguir muy pronto: Antofagasta, Taltal y Chañarillo.

Influenciados por Don «Reca», que era tipógrafo, las Mancomunales editaron diversos periódicos a través de los cuales Recabarren escribía en favor de los trabajadores, al tiempo que se usaban para educar, no sólo sobre asuntos políticos o sociales, sino también en un sentido más amplio. Recabarren escribió:

«La prensa es un arma de educación. La prensa es un arma poderosa y los Socialistas tienen un gran cariño por la prensa y gastan gran actividad para su progreso. Desde las columnas de la prensa, el Socialismo hace notar gráficamente los absurdos y los defectos monstruosos que existen todavía en el día de hoy amparados por la sociedad burguesa y adoptados como costumbres sociales. La prensa Socialista es actualmente una gran fuerza en todo el mundo, pero de un poder muy superior en algunos países del norte de Europa. Es un medio de lucha, de acción, de crítica, de propaganda, de discusión. La prensa Socialista surge poderosamente cada día más esplendorosa, revelándose en sus columnas la capacidad proletaria y la fuerza intelectual Socialista.»(3)

Indudablemente Recabarren fue el fundador de la prensa obrera en Chile.

Las Mancomunales no fueron nada fáciles de organizar. Las permanentes fluctuaciones (ya mencionadas en el capítulo II) en cuotas de producción significaban una gran movilidad entre los trabajadores (4) lo que suponía que los trabajadores quedaban a merced de los empleadores y de la represión. En estos momentos, incluso la judicatura era también parte del aparato represivo, ya que los jueces eran al mismo tiempo empleados de las compañías y pagados por éstas. Esta relación (empleadores/judicatura/represión estatal) era una clara muestra a los trabajadores de que no podían confiar en el Estado para la solución de sus problemas.

Debido a la desnacionalización que siguió a la Guerra del Pacífico, un gran número de propietarios y administradores eran extranjeros, esta circunstancia se transformó en otro foco de tensiones. Entre los trabajadores se encontraban

peruanos, bolivianos y alrededor de dos mil chinos, pero ésta no fue causa de división entre los trabajadores:

«...argentinos, bolivianos, peruanos, eran para nosotros exactamente como compatriotas, con iguales derechos y deberes. ¡A qué pampino se le habría ocurrido disminuir a un argentino o a un peruano, por su nacionalidad...!»(5)

Aún cuando la migración era menor que en Argentina, esto no fue óbice para que la burguesía no tratara de explotar las divisiones raciales. Las clases dirigentes no dudaban en responsabilizar a los extranjeros del descontento social, pese al hecho de que en 1907 solo el 4,1% de la población había nacido en el extranjero (6) la mayoría de ellos pertenecían a los sectores medios en las principales ciudades y no representaban una fuerza significativa entre los trabajadores; aún más, algunos extranjeros llegaron a alcanzar cierta notoriedad dentro del movimiento sindical.

Tal vez la influencia intelectual más importante de algún extranjero afincado en Chile provino de un peruano, Mario Certore; y entre los anarquistas destaca el italiano Julio Rebosio y un argentino, Inocencio Lombardozzi. Las Mancomunales disfrutaban de gran prestigio entre los trabajadores del salitre y también entre los trabajadores de los principales centros urbanos.

Sociedades de Resistencia y las Uniones para la Protección del Trabajo eran las más populares entre los trabajadores industriales y portuarios. Aunque numéricamente menos importantes, su acción política era ciertamente más radical. Se diferenciaban de las Mancomunales en el hecho de que su objetivo no era la conciliación, por el contrario era la confrontación.

La primera Sociedad de este tipo se fundó en 1898 en Santiago entre los trabajadores ferroviarios, y muy pronto surgieron también entre los marineros. Trabajadores portuarios en Valparaíso y en Lota la fundaron hacia 1901. Las Sociedades de Resistencia exigían derechos básicos como la jornada de ocho horas, aumentos salariales, y en general mejores condiciones. Las Sociedades de Resistencia tenían fuertes influencias anarquistas pero no exclusivamente. También existían otras tendencias más moderadas, preferentemente ligadas al Partido Democrático. Su apoyo provenía principalmente de gremios tales como imprentas, carpinteros, zapateros, y de los portuarios, desde donde surgieron los primeros intentos de organizar federaciones nacionales y continentales, intentos que no prosperaron. Debido al hecho de que el anarquismo perdía terreno frente a otras ideologías, su influencia también

decaía, pese a su buena organización e ideología más avanzada. Rechazaban cualquier alianza con políticos a quienes veían como aliados del sistema y por lo tanto como explotadores de los trabajadores; no pretendían organizar un partido político, lo que era motivo de fuertes enfrentamientos con dirigentes como Recabarren. Los anarquistas dirigieron varias huelgas que han pasado a la historia por sus trágicas consecuencias. Participaron en «la semana roja» en 1905, en la huelga de 1903 en Valparaíso, y en las acciones directas de la Federación de Zapateros en 1917 y 1918. Una sede de la I.W.W. (International Workers of the World), controlada por los anarquistas, se abrió en Chile en el Congreso de 1919 en el que los chilenos adoptaron la táctica de la I.W.W. consistente en huelgas, boicot y sabotaje.

Pero su militancia acarrió la represión del Estado que pretendió destruir la organización. En 1920 varios de los dirigentes de la I.W.W. fueron detenidos y sus locales saqueados por la Policía. En un despacho desde Santiago, la embajada británica envió el siguiente informe al Foreign Office

«Las oficinas (de I.W.W.) fueron recientemente allanadas por la policía y las personas presentes cogidas en flagrante delito, sentados alrededor de una mesa de reuniones, fueron enviados a prisión.

El número total de arrestos efectuados entre los miembros de la IWW en Valparaíso, Santiago y Concepción se dice que asciende a 67. Los líderes de la confederación bolchevique, la que se cree que ha recibido recientemente considerable apoyo financiero desde los Estados Unidos es un tal Juan Chamorro, chileno, y corre el rumor que misteriosamente ha cometido suicidio mientras estaba detenido.

En el pasado ha sido la costumbre de las autoridades chilenas tratar a los agitadores políticos con escasa ceremonia por lo que no es imposible que los miembros de la IWW se encuentren en camino a Isla de Pascua.»(7)

Finalmente sería el Gobierno de Ibáñez (1927-1931) el que destruiría las organizaciones anarquistas y sus líderes enviados al exilio, no obstante tuvieron un breve período de recuperación con la formación de la C.G.T. en 1938. Pese a su desaparición como una fuerza política organizada, su importancia y huella dejada en el movimiento obrero no puede ser ignorada.

Las diferentes Sociedades a las que se afiliaron los trabajadores estuvieron expuestas a la represión y sus dirigentes deportados y en general perseguidos. La necesidad de organizar sindicatos o federaciones más amplias había estado presente desde hacía algún tiempo. El primer intento fue en respuesta a una ley promulgada por el Gobierno cuyo objetivo era limitar el derecho de huelga. La respuesta más inmediata surgió desde Valparaíso, donde Carlos Jorquera organizó la Federación de Uniones de Protección del Trabajo de Sud-América, organización que condujo las protestas de los trabajadores contra la ley. Jorquera había fundado en 1892 la Gran Unión Marítima de Valparaíso que estableció vínculos con los trabajadores portuarios de Callao, Perú.

A fines del siglo XIX se hicieron varios intentos de organizar una gran Unión o Confederación a nivel nacional, pero ninguna realmente tuvo éxito. Hay varias razones que explican el retraso en la creación de una organización más amplia. Entre ellas hay que destacar las disputas internas y los golpes de la represión que debían sufrir las personas envueltas en estas actividades. Un intento que culminó con éxito fue hecho, irónicamente, por los fundadores de la primera F.O.Ch., Pablo Marín Pinuer y Emilio Corbié. La idea de una federación estaba más en concordancia con las Mutuales que con el movimiento sindical. Sus objetivos se pueden identificar más con asistencia social, mejorar las condiciones económicas a través de la cooperación, préstamos a bajo interés a sus miembros, aumentar el ahorro (?), seguros y otras funciones de índole educativo. Se daban charlas sobre los peligros del alcoholismo, se organizaban actividades teatrales, pequeñas bibliotecas y escuelas para adultos y niños.

En el sentido laboral, su programa propiciaba la jornada de ocho horas y un salario mínimo y, a la vez, la conciliación entre el capital y el trabajo. Recabarren discutía con pasión contra esta Federación al considerarla un instrumento de los patrones para controlar a los trabajadores. Aún cuando la Federación claramente no era un instrumento para la lucha de clases, sí permitía un espacio para las actividades de una debilitada clase obrera.

En la tercera Convención de la F.O.Ch. que tuvo lugar en Concepción en 1919 Recabarren se transformó en el líder indiscutible, y el carácter de la F.O.Ch. sufrió un giro desde una asociación mutualista a una organización más militante, comprometida con un proyecto a más largo plazo. Apoyándose en los delegados de los campos salitreros y de los trabajadores del carbón, la nueva F.O.Ch. proclamó sus nuevos principios con una clara orientación socialista. Establecía los objetivos de la Federación:

« Fomentar el progreso de la instrucción y cultura de la clase trabajadora por medio de conferencias, escuelas, bibliotecas, prensa y toda actividad cultural, y conquistar la libertad efectiva, económica y moral, política y social de la clase trabajadora (obreros y empleados de ambos sexos) aboliendo el régimen capitalista, con su inaceptable sistema de organización industrial y comercial, que reduce a la esclavitud a la mayoría de la población.

Abolido el sistema capitalista, será reemplazado por la Federación Obrera, que se hará cargo de la administración de la producción industrial y de sus consecuencias.»(8)

Entre el tercer y cuarto Congreso celebrado en Rancagua en 1921, la FOCh se había distanciado de ser una organización con características mutualistas. Este congreso aprobó la afiliación a la Internacional Sindical Roja con un total de 80.000 miembros. Pero será solamente en el quinto Congreso, en 1923 en el que por primera vez se incorpora al programa de la FOCh las demandas de los trabajadores rurales. Es durante este Congreso en el que Teresa Flores es elegida para la dirección nacional, siendo la primera mujer en ocupar un cargo en el más alto cuerpo directivo.

La clase obrera se había venido organizando alrededor de distintos partidos políticos que decían representar sus intereses. El Partido Democrático tuvo sus orígenes en el Partido Radical y se formó principalmente entre los miembros más jóvenes del mismo, que no ocultaban su preocupación por la «cuestión social». Su principal preocupación se puso de manifiesto cuando declararon que habrían de luchar por la emancipación política, social y económica del pueblo. Los énfasis están puestos en una ideología liberal, en la lucha política cotidiana defienden los derechos fundamentales, las elecciones libres, están en contra de la corrupción y del «cohecho» como parte de la política del país. También ponían énfasis en el desarrollo del sector manufacturero de la economía y, en general, perseguían que el Estado se involucrara en proveer facilidades de bienestar social. Esperaban conseguir todos estos objetivos a través del sistema parlamentario que existía en Chile en esa época.

En su primer congreso del Partido Democrático en 1887 daba cuenta del aumento de sus afiliados que provenían principalmente de artesanos y sectores de clase media; en otras palabras, la misma base social en que se apoyaban las Mutuales. Aún cuando diferentes fracciones coexistían dentro del Partido, los más radicales tenían un importante rol que jugar en la organización de

sindicatos en todo el país. Sedes del Partido Democrático se abrieron en todo el país. Se abrieron sedes en Lota y Coronel, áreas donde se implantaron como una fuerza radical importante. Pero el Partido no era indiferente a la forma en que el período de la República Parlamentaria estaba funcionando, por lo que también cayeron en corrupciones y todo tipo de alianzas oportunistas para mantener la representación parlamentaria.

En 1912 algunos de los miembros desilusionados del Partido Democrático rompen para formar un nuevo partido, el Partido Obrero Socialista, cuyo líder indiscutido fue Emilio Recabarren, que había dado la batalla dentro del Partido Democrático en contra de la dirección de clase media, argumentando que la clase obrera debía tener su organización política propia. El periódico «El despertar de los Trabajadores» se transforma en un instrumento importante en la formación del P.O.S. El Partido creció constantemente y a la fecha de su primera Convención se acordó que debía participar en la lucha electoral con absoluta independencia de otras fuerzas políticas, rehusando alianzas con esas otras fuerzas. Recabarren no sólo luchó contra la pequeña burguesía, sino también contra los anarquistas, quienes se oponían a la formación del P.O.S. (o cualquier otro partido de trabajadores).

El Partido Obrero Socialista en modo alguno era homogéneo ni en sus miembros ni en sus políticas, como tampoco era un partido marxista. Era un Partido Socialista con toda clase de tendencias y grupos trabajando en su seno. El origen de clase de sus miembros era variado por decir lo menos -pequeña burguesía, intelectuales, artesanos- aunque la mayoría era claramente clase obrera. El P.O.S. se transformó en la vanguardia de la clase obrera y debido en parte a la personalidad de Recabarren y otros miembros, tuvo gran influencia dentro de la FOCh. El P.O.S. declaraba

«El fin de sus aspiraciones es la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clase y convirtiendo a todos en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honestos e inteligentes; y la implantación de un régimen en que la producción sea un factor común y también el goce de los productos. Esto es la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva [...] Realizaremos lucha política para arrebatar a la burguesía el poder político»(9)

La revolución soviética de 1917 tuvo una gran influencia sobre las actividades de la clase obrera en todo el mundo y, por supuesto, Chile no fue una excepción.

Al mismo tiempo, el período de la I Guerra Mundial se caracterizó por un empeoramiento de las ya malas condiciones de los trabajadores.

El Partido tiene conciencia que los acontecimientos habrían de influenciar en la acción política de los trabajadores, por lo que propone su afiliación a la Tercera Internacional, decisión que fue formalmente adoptada durante el IV Congreso en Valparaíso en 1920 y ratificado en el Congreso de Rancagua en 1922. El P.O.S. se transforma en el Partido Comunista de Chile pese a la oposición del bureau Latino Americano del Comintern, que entendía que el P.O.S. «no había avanzado lo suficiente ni a la velocidad deseada» para transformarse en un Partido Comunista, es por esta razón que no fue aceptado hasta 1928.

Hacia 1925, un nuevo elemento político había surgido en el escenario político. El populismo había ganado las elecciones presidenciales con Alessandri como su candidato. Alessandri había apelado durante la campaña a los trabajadores, por lo que su triunfo fue interpretado como una derrota importante para la oligarquía que había dirigido la vida política del país durante tantos años. Con sus apasionados discursos, Alessandri se transforma en la figura a seguir por los trabajadores. Donoso le describe

«Desde el primer momento el candidato popular sacudió la sensibilidad de las clases desvalidas con promesas mesiánicas; el agitador, el demoleedor y el demagogo se encontraba en su propio elemento. Prometió la destrucción del capitalismo y la satisfacción de todas las necesidades de las clases trabajadoras, se presentó como el paladín de la justicia social, el libertador de los oprimidos y el redentor de los expoliados» -y continuaba- «Acuñó una frase que tuvo mucho éxito para referirse a las clases acomodadas; la canalla dorada, y siguiendo fielmente las conclusiones de Le Bon, repitió incesantemente, para grabar en la mentalidad popular la seguridad de que sería presidente de la República «pese a quién pese». Y para halagar al proletariado siempre se refirió a él como su «chusma querida». (10)

Las organizaciones socialistas, por otra parte, en su intento de detener a las masas de ser arrastradas detrás de Alessandri, eligen a Emilio Recabarren como candidato presidencial durante el Congreso de Antofagasta. Recabarren obtiene muy pocos votos lo que prueba, entre otras cosas, la nula disposición del Partido de entrar en alianzas con objetivos electorales.

Después de que Alessandri asumiera la Presidencia las relaciones entre éste y la clase trabajadora fueron realmente muy buenas, lo que se explica no en el hecho de su supuesta preocupación por el bienestar de los trabajadores, sino que más bien obedecía a la proximidad de elecciones parlamentarias a celebrarse en marzo de 1921. El colapso de la industria salitrera provocó desempleo y recesión a todos los niveles, la economía no estaba en su mejor momento y continuaban algunos trabajadores en prisión desde el período del presidente Sanfuentes. Alessandri estaba interesado en ser visto como presidente del pueblo, y para lograr su objetivo intervino directamente en solucionar muchas disputas laborales para escándalo de los empleadores que lo acusaron de comunista.

Pese a la masacre de San Gregorio, el proletariado urbano todavía le veía como su líder. A fines de 1921 las elecciones parlamentarias habían pasado y Alessandri comienza la represión contra la clase obrera, usando los mismos métodos que los utilizados por las administraciones anteriores tales como prisión de dirigentes y allanamientos de sus locales.

El Ejército y alguno de sus miembros más destacados (Carlos Soto, Jorge Boonen Rivera, el Capitán Tobías Barros) estaban francamente preocupados por la crisis, en tanto era una crisis política y se recurría a ellos para reprimir un número cada vez mayor de huelgas que precedieron a la elección de Alessandri. Hay poca información durante este período en relación a la represión, todas las investigaciones se han centrado en la parte, norte especialmente en Santa María. Esta es un área que merece ser investigada más profundamente.

En 1924, el permanente estado de confrontación entre el Ejecutivo y el Congreso (ver Capítulo I) estaba llegando a un nivel donde los problemas no podían ser resueltos a través de un régimen parlamentario que no funcionaba. Este impasse debía de ser roto de alguna manera. La clase obrera era incapaz de levantar una alternativa propia, debido a su debilidad, producto de la dispersión de su principal base de apoyo en el norte y a la pérdida de cohesión y unidad del Partido. El Partido Comunista, pese a los esfuerzos de Recabarren por llevarlo a través de un rápido proceso de «bolchivización», se probó incapaz de transformarse en una alternativa revolucionaria. Es durante este período en el que, debido a la migración de trabajadores del norte a sus lugares de origen en el valle central, los trabajadores rurales intentan por primera vez organizarse dentro de la F.O.Ch..

El Ejército intervino con una solución propia que no necesariamente se enfrentaba a los intereses de la burguesía. La Junta, en primera instancia, hace

esfuerzos por atraerse a la clase trabajadora y los oficiales del Ejército eran invitados a dar discursos en reuniones sindicales y concentraciones. El denominador común de todos los Gobiernos de este período fue la represión contra los partidos y las organizaciones de trabajadores. En octubre de 1931 tuvo lugar la primera convención de trabajadores rurales. En este encuentro se aprobaron los siguientes puntos:

1) La convención acuerda en conformidad a los estatutos de la F.O.Ch. luchar por la implantación en las faenas agrícolas de la jornada de ocho horas

2) La convención acuerda luchar por conseguir un salario mínimo uniforme para todos los trabajadores agrícolas sin hacer distinción de los que hoy se llaman voluntarios e inquilinos y fijar este salario mínimo en la suma de \$5 (cinco pesos) diarios.

(11)

A partir de esta convención, los trabajadores rurales alcanzan niveles de organización sin precedentes, tendencia que habría de detenerse e incluso retroceder durante los Gobiernos de los Frentes Populares.

Una característica importante del Gobierno de Alessandri hacia el movimiento sindical fue la promulgación del «Código del Trabajo» por el Parlamento. Hasta entonces, la clase dirigente había sido forzada a aceptar ciertas piezas de legislación social tales como la Ley de viviendas en 1906, el descanso dominical en 1907 y otras legislaciones cuyo objetivo era desactivar en muchas ocasiones situaciones altamente explosivas.

El propósito del Código del Trabajo era obligar a las diferentes organizaciones sindicales a institucionalizarse de tal forma que el Estado pudiera fácilmente enfrentarse a las huelgas al distinguirlas entre legales e ilegales. Antes de esta legislación, el Estado no contaba con un instrumento legal para resolver las disputas laborales. Empleados y empleadores eran, de acuerdo a los liberales, libres de asumir un contrato. En otras palabras los trabajadores podían libremente elegir para quién trabajar y el empleador a su vez elegir libremente a quién emplear y las partes podían acordar libremente las condiciones.

Este principio no podía funcionar de manera alguna dada la concentración de la propiedad por una parte, y la amenaza permanente de desempleo por otra lo que daba a los empleadores cierta ventaja.

La idea defendida por los industriales en relación al mercado de trabajo estaba en contradicción con sus ideas en otras áreas de la economía. Los industriales recurrían permanentemente al Gobierno en demanda de políticas proteccionistas para defender así sus beneficios y, en general, actuaban como una corporación a través de organismos como la SOFOFA y la Sociedad Nacional de Agricultura.

El objeto del nuevo Código del Trabajo era el de establecer un marco de referencia, dentro del cual los sindicatos debían funcionar y simultáneamente restringir la influencia de ideas socialistas, dada la facilidad con que los sindicatos podían ser controlados. Los trabajos preparatorios del Código no fueron en forma alguna discutidos ni consultados con los sindicatos. Finalmente, el Código es aprobado por el Parlamento bajo la presión de los militares, para quienes no era necesaria la discusión con los sindicatos. La inestabilidad política por la que atravesaba el país no era ajena a los trabajadores, aún cuando su reacción no era homogénea. Había consenso al interpretar los objetivos del nuevo Código, en tanto que era una maniobra de la burguesía, pero no había acuerdo en si oponerse al mismo en su totalidad o aceptarlo y usar los vacíos que pudieran haber en favor de los trabajadores. La posición de la FOCh era que debían usar la legislación del Estado y participar del sistema político. La mayoría de los sindicalistas aceptarían el Código, dado que les ofrecía algún tipo de protección gubernamental en su trabajo sindical y, por lo tanto, podría alcanzar a otros sectores más amplios de trabajadores. La otra razón de apoyar el Código fue la oferta de implantar un sistema para compartir beneficios, propuesta que nunca se materializó.

Aquellos que sostenían posiciones contrarias se hicieron más fuertes en los años siguientes, ya que sería el régimen de Ibáñez quién usaría el Código para eliminar física e ideológicamente las posiciones socialistas y reemplazarlas por su propio movimiento sindical. Una aceptación más general del Código se logra a través de la actitud posturas del Partido Comunista apoyando la constitución de un Frente Popular a fines de los años 30.

El desorden político por el que atravesaba el país tenía en Carlos Ibáñez un protagonista central, era capaz de sobrevivir a los cambios en la Presidencia y finalmente él mismo se transforma en presidente con el total apoyo de las Fuerzas Armadas, que durante los años siguientes le apoyaron mientras reprimían a los trabajadores.

El período de Ibáñez está caracterizado por la represión e ilegalización del Partido Comunista, enviando a la cárcel y al exilio a varios de sus miembros y

dirigentes. Durante la Administración de Ibáñez, se aumentó el ritmo de la industrialización del país y con ello el proletariado urbano; aprovechando el breve período de recuperación económica consiguió el apoyo de los trabajadores y de otros sectores pobres, que pudieron encontrar trabajo en los grandes proyectos financiados por el Gobierno. Como resultado de la depresión de 1930, Ibáñez siguió una política ortodoxa, recortando los salarios y los gastos del Gobierno provocando la caída de los beneficios que los trabajadores habían disfrutado hasta esa fecha.

El descontento social provocado por la situación económica y las políticas desarrolladas llevaron a masivas demostraciones no sólo entre los trabajadores, también entre las clases medias. El 24 de julio de 1931 los pequeños comerciantes cerraron sus puertas, trabajadores bancarios y estudiantes se enfrentaron violentamente a la Policía en las calles. Los médicos, los abogados, los profesores en la Facultad de medicina en Santiago, todos ellos fueron a la huelga en protesta contra el Gobierno. La Policía les reprimió brutalmente asesinando el día 25 a uno de los manifestantes, el profesor de Historia Alberto Zañartu, lo que provocó la ira de los manifestantes. Por último, la caída de Ibáñez no fue el resultado de una estrategia ordenada por parte de las fuerzas populares, más bien fue producto de la depresión que siguió a la crisis del salitre, a lo que el Gobierno fue incapaz de dar una respuesta. Inmediatamente después, diversas asonadas militares tuvieron lugar en Chile tratando de resolver la crisis, pero ninguna de ellas acumuló suficiente apoyo para mantenerse en el Gobierno por un tiempo significativo. La más conocida de estas intervenciones militares se manifestó en una alianza entre oficiales progresistas y pequeños grupos socialistas en la «revolución» de 1924. El líder de este grupo fue Marmaduke Grove, quien inauguró la «República Socialista» que habría de durar escasos doce días. Esta «República» fue la expresión (final) de un grupo de oficiales progresistas con posturas radicales desde comienzos de los años 20 que coincidían en interpretar que el golpe de 1924 no cumplía sus objetivos.

Los nuevos líderes se oponían claramente al liberalismo económico y lanzaron encendidos discursos contra la oligarquía local que había vendido el país a los extranjeros, dejándolo a merced de las fuerzas económicas internacionales donde Chile no tenía voz. La «República Socialista» apeló a los viejos sectores del Partido Comunista que en el pasado habían seguido una política de acercamiento entre oficiales, clase obrera y una emergente pero fuerte clase media, principalmente formada por empleados.

A estas fechas el declive de las posturas anarquistas era ya inexorable, debido en parte a su oposición a participar en sindicatos legales, pero al mismo tiempo, a su incapacidad para ofrecer alternativas viables a los trabajadores bajo condiciones represivas.

El Partido Comunista no pudo capitalizar el declive de la influencia anarquista ya que no podían conducir a los trabajadores fuera de la crisis. No eran vistos como una alternativa real, pero independientemente de esto y dada su relación con la Tercera Internacional, el P.C. fue adoptando posturas cada vez más sectarias perdiendo el sentido de la realidad nacional debido su lectura de la realidad internacional, refugiándose en elaboraciones teóricas sin influencia en las masas. Como resultado de la discusión política desarrollada en la Unión Soviética entre Stalin y Trotsky, el Partido Comunista en Chile se divide en dos fracciones, una encabezada por Lafertte y la fracción disidente encabezada por Hidalgo.

El impacto que la «República Socialista» tuvo entre los trabajadores fue muy importante. En las elecciones presidenciales siguientes Grove y Lafertte fueron candidatos, este último en representación del P.C. El resultado electoral no puede medir la fuerza revolucionaria, pero es sintomático que Grove obtuviera 60.856 votos y Lafertte solo 4.128. Surgen claras lecciones para el P.C. a partir de los acontecimientos de la «República», por ejemplo, la completa indiferencia hacia la realidad local y las disputas entre Trotsky y Stalin eran vistas como ajenas por las masas. El Congreso del P.C. de 1933, haciendo alusión al giro que se estaba produciendo dentro del Partido, declaraba que

«...la ideología de Recabarren es la herencia que el Partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro, pero sus concepciones sobre el patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido etc. es en el presente una seria traba para cumplir nuestra misión» (12)

El nuevo Partido Socialista de Chile puede ser visto como el resultado directo del derrocamiento de Juan Esteban Montero y de la República «socialista». Las condiciones estaban dadas para el surgimiento de un nuevo partido. El P.C. era incapaz de representar los intereses de la clase obrera.

La relación entre ambos partidos no era nada fraterna. En efecto, los acontecimientos que condujeron a la Segunda Guerra Mundial no hicieron sino agravar los enfrentamientos. Los socialistas tenían actitudes claramente anti nazis y anti fascistas, mientras que el P.C. se veía imposibilitado para adoptar

posiciones muy claras debido al pacto de no agresión firmado en 1939 entre la Unión Soviética y Alemania. La relación entre los dos partidos mejoró en tanto el P.C. gira hacia posiciones de colaboración de clase, en aras de la formación de los Frentes Populares.

La Tercera Internacional adoptó una política de amplia colaboración de clases, lo que traducido a Chile significó una alianza con una burguesía industrial en desarrollo. La justificación ideológica desde el P.C. se hacía a partir de caracterizar a Chile como una sociedad semi-feudal en la que era necesario avanzar en un proceso de democracia burguesa en el que se incluirían políticas anti-imperialistas y solución a la cuestión agraria. El P.C. levanta una propuesta para esta alianza con socialistas y el Partido Radical para, juntos enfrentar las elecciones presidenciales de 1938. La dirección del P.S. aceptó la propuesta después de un año de negociaciones. El Frente Popular ganó las elecciones con un candidato Radical, Pedro Aguirre Cerda. Los trabajadores fueron presionados por el P.S. y el P.C. para apoyar a un candidato burgués con un programa desarrollista. Los trabajadores fueron traicionados por dos partidos de vanguardia que buscaron una alianza de clases en un papel subordinado para alcanzar sus objetivos.

El Frente Popular incrementó la velocidad de la industrialización del país y, en el sector rural, más de 300.000 hectáreas de tierra fueron incorporadas a la producción. El aumento de la actividad agrícola se tradujo en un aumento de campesinos organizados en zonas rurales, pero el balance fue

«La falta de fe, el oportunismo y la impaciencia en compartir el poder, quebrando la línea que fluye de sus doctrinas, embarcaron al P.S. en la ciénaga de la colaboración de clases frenando por consiguiente la insurgencia popular que anhelaba una salida revolucionaria [...]cambiamos hasta el lenguaje, lo que daba contenido a la lucha de clase, adhiriéndonos a simples reformas que dejaban intacto el sistema que habíamos combatido»(13)

La política de colaboración de clases alcanzaba tal magnitud que los dirigentes del Frente Popular llegaron a firmar un acuerdo con la SNA, según el cual los partidos en el Gobierno detendrían el desarrollo sindical en las zonas rurales; aún más, no usar la huelga como arma legítima del campesinado contra los propietarios de la tierra. Los únicos partidos políticos con alguna actividad entre el campesinado en las zonas rurales eran el P.S. y P.C.

El mismo Aguirre Cerda, propietario de importantes extensiones de tierra, veía con beneplácito los servicios prestados por los partidos populares. Esta política fue revertida irónicamente por la Democracia Cristiana en 1964, pese a que lo hicieron por razones muy diferentes.

Emilio Zapata, dirigente y diputado de la sección rural del P.S. denunció la maniobra y exigió al Partido que abandonara el Gobierno, dado que el acuerdo era contradictorio (especialmente en el caso del P.S.) con los esfuerzos de sindicalizar al campesinado especialmente entre 1939 y 1940.

En los inicios de las políticas del Frente Popular hubo una tregua entre patronos y trabajadores. Pese a la inflación, el proceso de industrialización amortiguó cualquier confrontación. Pero al mismo tiempo, ambos partidos tuvieron de pagar un alto precio por su participación en un Gobierno que en manera alguna representaba sus intereses de clase. El desencanto de los trabajadores fue mayor entre la militancia y simpatizantes del P.S. En 1950, el Partido proclamaba tener 50.000 afiliados en todo el país y la hegemonía dentro de la Confederación de Trabajadores de Chile. En las elecciones de 1941 los partidos populares obtuvieron el 32% de los votos, pero en las elecciones de 1945 el P.S. bajó al 12% de un 20% y el P.C. de un 14% al 10%. Indudablemente, esto fue una derrota para partidos que juzgaban su fortaleza según su actuación electoral.

Los Gobiernos del Frente Popular no estuvieron exentos de derramamiento de sangre obrera. Como continuación de las huelgas en la zona norte, la Confederación de Trabajadores de Chile llamó a una demostración de apoyo el 28 de enero de 1946 en la Plaza Bulnes de Santiago (muy cerca del Palacio de Gobierno), la Policía de guardia en el palacio presidencial abrió fuego contra los manifestantes y dos personas resultaron muertas. El Ejecutivo, conciente de las consecuencias que este suceso acarrearía, invitó al P.S. a participar del Gobierno, invitación que los dirigentes del Partido aceptaron con entusiasmo. Pero no todos los trabajadores estaban igualmente entusiasmados y prefirieron incrementar la protesta. Sin embargo, el P.S. que ahora formaba parte del Gobierno, rehusó continuar con las movilizaciones y decidió dividir la Confederación en dos fracciones irreconciliables. El trabajo que había dado frutos desde diciembre de 1936 con la creación de la Federación, se veía de pronto seriamente dañado.

La división entre los dos principales partidos de extracción obrera tuvo efectos desilusionantes y confusos entre la militancia de base y tendría efectos a largo plazo. Durante el período de 1941 a 1948, los socialistas mantuvieron

asientos ministeriales independientemente de la política oficial; esto llevó a la división del Partido por primera vez en 1941 y luego nuevamente en 1944, desembocando en la formación del Partido Socialista de los Trabajadores; y sus dirigentes finalmente ingresaron en el P.C., entre ellos César Godoy Urrutia y Orlando Millas, donde alcanzaron los máximos puestos de responsabilidad.

Después de la matanza de Plaza Bulnes, los ministros del P.C. renunciaron sus cargos en protesta, pero esto no fue un impedimento para apoyar a González Videla, el cual con el debido apoyo del P.C., fue elegido presidente. Cinco meses más tarde de haberse hecho cargo de la Presidencia, González Videla lanzó una brutal represión contra el P.C. y las organizaciones de clase. La «ley maldita» se mantuvo desde 1947 hasta 1958. El P.C. no podía participar en ninguna actividad política usando su propio nombre y aquellas personas sospechosas de simpatizar con los comunistas fueron excluidas de ocupar cualquier puesto en organizaciones de masas. El P.S., por su parte, podía funcionar sin dificultades. En 1952, habiendo atravesado un proceso de auto-crítica, decidió presentar su propio candidato a la Presidencia, Salvador Allende Gossens, que contó con el apoyo no-oficial de P.C.

Aún cuando el P.C. sufrió una dura represión durante el régimen de González Videla y pese a la experiencia de haber apoyado regímenes burgueses sin resultados positivos para la clase obrera, durante los próximos veinte años el P.C. habría de persistir en un programa de revolución «burguesa», política que fue diseñada originalmente en 1933 con el objetivo de nacionalizar las empresas extranjeras, desarrollar la industria nacional, poner en marcha una reforma agraria para atacar las raíces del sistema «feudal» en Chile y la democratizar la sociedad.

El resultado de la experiencia del Frente Popular se puede resumir en un efecto altamente electoralista, lo que conlleva el fracaso de levantar una alternativa de carácter socialista y revolucionaria en sus métodos, que pudiera conducir a las masas en un camino de victoria. Limitaban su actividad política al marco establecido por la burguesía para proteger y mantener el status quo. Aún durante el «Tacnazo» del General Vieux en 1969 el P.C. llamó a defender el Gobierno de Frei mientras que el P.S. dió un apoyo condicional al golpista. Interpretaron equivocadamente los objetivos del golpista y, por otra parte el P.C. no entendió que el rol de una vanguardia revolucionaria no es proteger el estado burgués sino aprovechar la crisis que enfrenta a sus miembros y avanzar en la creación de una situación revolucionaria.

NOTAS.

1.- «El Heraldo» 5 de mayo 1903 pag.3

«El mercurio» 5 de mayo 1903 pag.5

Citado por P.De Shazo «The Valparaíso Maritime Strike of 1903»
Journal of Latin American Studies 11 (1979), 145-168

2.- Nicolás Palacios. «Raza Chilena» Citado por Julio César Jobet en
«Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile.» pag.132

3.- Luis Emilio Recabarren «Proyecciones de la Acción sindical». Citado
por Alejandro Witker Velásquez. en «Los Trabajos y los días de Recabarren.»
pag. 162-163

4.- Elías Lafertte. «Vida de un comunista.»

5.- «Vida...» pag 57

6.- Carl Solberg. Immigration and urban social problems in Argentina and
Chile 1890-1914.» en H.A.H.R 2 (1969) pp215-233

7.- Public Record Office. Report N° 136 from the British Embassy in Chile
to Foreign Office 5th May 1920

8.- Witker «Los trabajos...» pag.94

9.- Luis Emilio Recabarren «El socialismo» Citado por Luis Vitale
«Interpretación Marxista de la historia de Chile, de semi-colonia Inglesa a
semi-colonia Norteamericana (1891-1970)

10.- Ricardo Donoso. «Alessandri, Agitador y demoleedor». Vol I pág 246

11.- Federación obrera 7 noviembre 1921. Citado por Vitale
«Interpretación...»

12.- Citado por Victor Alba «Historia del movimiento Obrero en América
Latina.» pag. 154

13.- Alejandro Chelén «Flujo y reflujo del socialismo chileno.» pag.10

CONCLUSION.

La República Parlamentaria habría de llegar a su término hacia 1920. En ese mismo año, Alessandri se levantó como un líder indiscutible y candidato presidencial de la Alianza Liberal, que logra concitar el apoyo de los trabajadores al presentar a Alessandri como el genuino representante de sus intereses. La élite dirigente estaba profundamente dividida y la oposición acusaba a Alessandri de ser comunista. «El Diario Ilustrado», que actuaba como portavoz de la Iglesia y de sus aliados más retrógrados, los acusaba en los siguientes términos

«La Batalla del 25 de Junio (fecha de las elecciones) decidirá la suerte del país; si el Lenin chileno podrá entrar en la Moneda con toda su corte de bolcheviques, para establecer el régimen marxista y hacer tabla rasa de nuestra constitución, de nuestras familias y de nuestros bienes. El Señor Alessandri ha prometido la solución de los problemas sociales por el camino de la violencia ya avanzado en Rusia y en Hungría.»(1)

Pero Alessandri no mantendría sus promesas, por el contrario, La Coruña y San Gregorio representan una clara traición a la clase obrera. Alessandri fué incapaz de mantener el Gobierno en una línea de trabajo debido en parte al impasse creado con el Parlamento.

El golpe de Estado del 5 de septiembre de 1924 fué una solución «natural» a una situación insostenible. Los ingredientes estaban presentes para que el resultado fuera un golpe de Estado. Por una parte, la incapacidad de Alessandri de gobernar el país con una burguesía profundamente dividida, por otro lado las incomprensiones entre el poder ejecutivo y el legislativo y, por último, los avances de las capas trabajadoras en términos de organización de clase y desarrollo ideológico.

A partir del golpe de Estado se desata una lucha permanente por el poder en la que ninguna de las diversas fracciones burguesas logran aglutinar a su alrededor suficientes fuerzas para mantenerse en el Gobierno y desarrollar un programa de largo plazo. Dentro de este desorden institucional surge la figura de Carlos Ibáñez quien impone una suerte de modelo bonapartista en el país. Los trabajadores habrán de sufrir una vez más la represión del Estado y de sus instituciones. Pese a la represión, las organizaciones populares no fueron

derrotadas, prueba de ello es que después de la caída de Ibáñez en julio de 1931, vuelven a resurgir como una fuerza política importante con la que hay que contar en el futuro y, más aún, logran desarrollar sus propios partidos, a saber, socialistas y comunistas. El efecto más significativo de la Primera Guerra Mundial sobre la economía chilena fué sin duda la drástica caída en la demanda de salitre, fuente principal de recursos para la economía del país. Quedó en evidencia que toda la economía chilena dependía de un solo producto que perdía demanda y, por lo tanto, su capacidad de generar recursos para el funcionamiento del resto de la economía.

El cierre de las Oficinas que siguió a esta crisis arrojó grandes masas de trabajadores al desempleo, que no tenían ya razones para permanecer en la zona y emigraron a sus lugares de origen, fundamentalmente en la zona centro del país, donde no son bien recibidos. Esto crea una situación altamente explosiva que la élite gobernante observa con aprensión.

Los grandes terratenientes ostentan una parte importante del poder político que les permite imponer su voluntad, aún cuando también está presente un numéricamente pequeño sector industrial, dando lugar al surgimiento de una incipiente burguesía ligada a intereses británicos y los cada vez más importantes intereses norteamericanos que operaban en el país. Es durante este período cuando comienza el declive de la influencia británica, dando paso a una forma más moderna de imperialismo: el imperialismo norteamericano.

La distribución de la población económicamente activa estaba altamente concentrada en zonas rurales pero, a medida que el país desarrollaba su sector industrial y aumentaba la burocracia estatal, se inicia un proceso migratorio del campo a la ciudad. A mediados de los años 50 Chile era ya un país altamente urbano.

El país inicia un proceso de sustitución de importaciones vía préstamos obtenidos en el mercado internacional, pero esta estrategia llegaría a su fin en los años 30 por la incapacidad de Wall Street de mantener los flujos crediticios a Chile.

La estructura de la propiedad de la tierra y los intereses de las firmas extranjeras a través de los bancos y del sistema crediticio, repercutía en una alta tasa de explotación del trabajador chileno. El alto costo de vida, la inflación, que se había transformado el algo «normal» en la economía, creció en un 100% en la década 1928-1938

Todo esto hacía de Chile el país con la tasa más alta de mortalidad infantil en el mundo. En 1934, las cifras eran de 262 muertes por cada mil niños nacidos

vivos y en 1935 la cifra era de 251. 1934 también ostentaba el triste récord de la más alta tasa de mortalidad en el mundo por tuberculosis (25,3 por cada 10.000 habitantes) La élite dirigente era incapaz de satisfacer las necesidades de las masas y no hay evidencia de que estuviera interesada en hacerlo.

El sistema político, aún cuando en modo alguno resultaba perfecto y continuó favoreciendo a la élite, facilitó en distintos momentos un espacio político para las actividades y desarrollo de la clase obrera. La oligarquía, aún a regañadientes, aceptó algunas de las demandas económicas, derechos políticos y, sobre todo, los trabajadores fueron capaces de desarrollar sus organizaciones de masa dentro de un marco institucional.

El movimiento sindical se consolidó como una fuerza política capaz de liderar las demandas populares. A través de sus relaciones con los partidos políticos, primero el Partido Democrático y más tarde los partidos Socialista y Comunista, van tomando conciencia de las limitaciones inherentes al sistema capitalista. Los trabajadores entendieron que el único camino para avanzar era la lucha por el socialismo. En este sentido, los partidos marxistas representaban los intereses de los trabajadores en tanto y cuanto lucharan por el socialismo. La contradicción se hizo más evidente después de los acontecimientos de la Revolución Soviética en 1917, que era una muestra de lo que podía alcanzar un movimiento de trabajadores organizados.

Las políticas extremistas seguidas por el P.C, en su interpretación de las directrices de la Tercera Internacional, debilitaron al Partido y al movimiento como un todo. Las discusiones dentro de la Unión Soviética entre Trotsky y Stalin actuaban en detrimento de la capacidad del P.C. para liderar las luchas. Pese al alto nivel de conciencia política que tenían, los trabajadores chilenos fueron conducidos a una política de alianzas que era copia fiel de las alianzas desarrolladas en Europa en las mismas fechas. Francia, España y Chile pueden ser los mejores ejemplos de alianzas de colaboración de clases. En España la derrota militar ha tomado muchos años en cicatrizar; en el caso de Chile, los Gobiernos Populares no satisficieron las demandas de los trabajadores, no obstante, los partidos marxistas continuaron apoyando a candidatos Radicales. El último presidente del Frente Popular no tuvo inconvenientes en reprimir al P.C. después de que le ayudara a llegar al Gobierno.

NOTAS

(1) «El Diario Ilustrado.» Santiago 20 de Junio

BIBLIOGRAFIA.

- 1.- Abel C. & Lewis C (Ed.) «Latin American, Economic Imperialism and the State.»
- 2.- Alba Victor. «Historia del Movimiento Obrero en América Latina.»
- 3.- Albert Bill. «South America and the World Economy from Independence to 1930.»
- 4.- Albert B. & Henderson Paul. «Latin America and the Great War: A Preliminary Survey of development in Chile, Perú, Argentina and Brazil.» World Development Vol. 9 N°8 pp 717-734 1981
- 5.- Alexander Robert J. «El Movimiento Obrero en América Latina.»
- 6.- Alexin Alejandro. «Los Estados Unidos y Chile en el período de la Segunda Guerra Mundial.» Panorama Latino Americano N° 129 Agosto 1971
- 7.- Amengual Gumercindo. «Sudesarrollo y Revolución en Latinoamérica.»
- 8.- Angell Alan. «Politics and the Labour Movement in Chile.»
- 9.- Arellano José Pablo. «Social Policies in Chile: An Historical Review.» Journal of Latin American Studies, 17 pp 397-418
- 10.- Ascher William «Scheming for the Poor: The Politics of redistribution in Latin America.»
- 11.- Barnard Andrew. «Chilean Communists, Radicals Presidents and Chilean Relations with the U.S. 1940-1947.» Journal of Latin American Studies, 13:2, Nov. 1981 pp 347-374
- 12.- Barría Jorge. «Los movimientos Sociales en Chile 1910-1926».
- 13.- Barría Jorge. «El Movimiento Obrero en Chile.»
- 14.- Barría Jorge. «Historia de la C.U.T.»
- 15.- Barría J., Jobet J., Vitale Luis. «Obras Selectas de Luis Emilio Recabarren.»
- 16.- Basadre Jorge. «Chile, Perú y Bolivia Independientes.»
- 17.- Bauer Arnold J. «Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930.»

- 18.- Benjamín Jules R. «Machadato and Cuban Nationalism 1928-1932.» Hispanic American Historical Review, 1975 Vol. 55 pp. 66
- 19.- Bermúdez Miral Oscar. «Historia del salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico.»
- 20.- Blackmore Harold. «The Chilean revolution of 1891 and its historiography.» Hispanic American Historical review. Vol. 45 1965
- 21.- «British Nitrates and Chilean Politics, 1886-1896: Balmaceda and North.» Institute of Latin American studies, Monograph 4 Oxford.
- 22.- Bowman J. & Wallerstein Michael. The fall of Balmaceda and public finance in Chile-New data for an old debate.» Journal of Interamerican Studies and World Affairs. Vol. 24 N°4 Nov. 1982
- 23.- Brown J.R. «Nitrate crisis, combinations and the Chilean Government in the Nitrate age.»
- 24.- Cademártori José. «La economía Chilena, un enfoque marxista.»
- 25.- Caputo O. & Pizarro. Desarrollismo y capital extranjero: Las nuevas formas del imperialismo en Chile.»
- 26.- Carriere Jean & Cheresky Isidoro. (Ed.) «Estado y clase obrera en Argentina y Chile : Perspectivas históricas.» Special Issue of Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe. Dic. 1981
- 27.- Carriere Jean (Ed.) «Industrialization and the State in Latin America.»
- 28.- Cavarozzi Marcelo José. «The government and the industrial bourgeoisie in Chile 1938-1964.» Ph.D. University of California.
- 29.- C.E.S.O. (Jorge Leiva) «El Sector externo. Los grupos sociales y las políticas Económicas en Chile 1830-1940.»
- 30.- Charlin Carlos. «Del avión rojo a la República Socialista.»
- 31.- Chelén Alejandro. «La trayectoria del Socialismo.»
- 32.- Clark Kate. «Chile: Reality and Prospects of Popular Unity.»
- 33.- Contreras Guzmán Victor. «Bitácora de la dictadura Administración Ibáñez 1927-1931"»
- 34.- Cortés Douglas Hernán. «El efecto de las recesiones Internacionales en la economía chilena: Una visión histórica: 1926-1982.» Trimestre económico Oct.-Dic. 1985 Vol LII (14) N°208

- 35.- Couyoumdjian Ricardo. «El mercado del salitre durante la primera guerra mundial y la post-guerra 1914-1921. Notas para su estudio.»
- 36.- Davis Tom E. «Eight decades of inflation in Chile, 1879- 1959: A political interpretation.» Journal of Political economy. Vol. LXXI Feb.-Dec. 1963 pp 389-397
- 37.- De Shazo Peter. «Urban workers and labour unions in Chile 1902-1927.»
- 38.- «The Valparaiso Maritime Strike of 1903 and the development of a Revolutionary Labour Movement in Chile.» Journal of Latin American Studies. Vol. 11 1979 pp 145-168
- 39.- Donoso ricardo. «Alessandri: Agitador y demoleedor. 50 Años de historia política de Chile.»
- 40.- Drake Paul. «Socialism and Populism in Chile 1932-1952.»
- 41.- Edwards Alberto. «La fronda aristocrática en Chile.»
- 42.- Ellsworth P.T. «Chile, an economy in transition 1945.»
- 43.- Fernández M.A. «The development of the chilean economy and its British Connection 1895-1914.» D.Phil. Diss. University of Glasgow 1978.
- 44.- «Merchants and bankers: British direct and portfolio Investment in Chile during the nineteenth century.» Ibero-americanisches Archiv. 1983 pp. 349-379
- 45.- «El enclave salitrero y la economía chilena 1880-1914.» Nueva Historia I; 3 1981 p2-42
- 46.- Fetter Frank Whitson. «Monetary inflation in Chile»
- 47.- Finer Herman. «The chilean development corporation: A Study in National Planning to rise living Standards.»
- 48.- Fox Przeworsky Joan. «Mines and Smelters: The role of the coal oligopoly in the decline of the chilean copper industry.» Nova America(1) 1978 p169-214
- 49.- Frank André Gunder. «Capitalism and underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil.»
- 50.- Furtado Celso. «La economía Latino-Americana desde la Conquista Ibérica hasta la revolución Cubana.»

- 51.- «Obstacles to development in Latin- America.»
- 52.- Germani Gino. «Latin America. The dynamic of social change.»
- 53.- Germani Gino. «Modernization, Exploitation and dependency in Latin America.»
- 54.- Germani Gino & Di Tella T. «Populismo y contradicciones de clase en Latino América.»
- 55.- Goldberg Joyce S. Consent to ascent: The Baltimore Affair and the U.S. rise to world power.» The Americas 41:1 (1984) p. 21-36
- 56.- Góngora Mario. «Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX.»
- 57.- Grugel Jean. «Populism, Nationalism and Liberalism in Chile: The second Administration of Carlos Ibáñez.» Ph.D. Thesis. University of Liverpool. 1986
- 58.- Grunwald Joseph. «Desarrollo económico de Chile 1940- 1956.»
- 59.- Guadagni Alieto. «La estructura ocupacional y el desarrollo económico de Chile.»
- 60.- Halparin Ernest. Nationalism and Communism in Chile».
- 61.- Haring C.H. «Chilean politics 1920-1928.» Hispanic American Historical Review. Vol. 11 (Feb. 1931) pp 1-26
- 62.- Herrick B. «Urban migration and economic development in Chile.»
- 63.- Jobet Julio César. «Movimineto Social Obrero.» Humberto Fuenzalida Villegas, et al «Desarrollo de Chile en la primera mitad del siglo XX.»
- 64.- «El Partido Socialista de Chile.»
- 65.- «Ensayo crítico del Desarrollo Económico Social de Chile.»
- 66.- Joslin David. «A century of Banking in Latin America.»
- 67.- Joxe Alain. «Las Fuerzas Armadas en el sistema Político de Chile.»
- 68.- Kaempffer Villagrán Guillermo. «Así sucedió: Los Sangrientos episodios de la lucha obrera en Chile 1850-1925.»
- 69.- Keller Carlos. «La eterna crisis Chilena.»
- 70.- Kirch Henry. «Industrial development in a traditional Society: The conflict of entrepreneurship and modernization in Chile.»

- 71.- Kowalewski M. Zbigniew. «La discusión sobre el proletariado en Chile.» Estudios Latino-Americanos. Academia de Ciencias de Polonia. Instituto de Historia. 1976 N°3 p. 217-230.
- 72.- Laferte Elías. «Vida de un comunista.»
- 73.- Loveman B. «Chile: The legacy of hispanic Capitalism.»
- 74.- Mamalakis M. «Historical Statistics of Chile.»
- 75.- «Contribution of Copper to Chilean economic development: 1920-1967: Profile of a Foreign Owned Export sector.» Mikesell (Ed.) «Foreign Investment in the Petroleum and Mineral Industries.»
- 76.- «Historical Statistics of Chile: Money, Prices and credit Services.» Vol 4
- 77.- «Historical Statistics of Chile: National Accounts.»
- 78.- «The growth and Structure of the Chilean Economy; from Independence to Allende.»
- 79.- Mamalakis M. & Reynolds C. «Essays on the Chilean Economy.»
- 80.- Marini Ruy Mauro. «Subdesarrollo y Revolución.»
- 81.- Miller Rory. «Latin American Manufacturing and the World War I: An Exploratory Essay.» World Development. Vol. 9 N°8 p 707-716.
- 82.- Miquel Janine. «Proceso de gestación y desarrollo histórico del movimiento laboral Chileno.» Stockholm; Institute of Latin American Studies, 1979, 43 (Research Paper series 16.)
- 83.- Monteón M.J. «The enganche in the Chilean nitrate sector 1880-1930.» Latin American Perspectives, Vol. VI N°3 pp 66-79
- 84.- «Chile in the Nitrate era.»
- 85.- Moran Theodore. «Multinational Corporations and the Politics of dependence: Copper in Chile.»
- 86.- Morris J. «Elites, Intellectuals and consensus.»
- 87.- Muñoz Oscar. «Crecimiento industrial de Chile 1914-1965.»
- 88.- Muñoz Oscar (Ed.) «Proceso a la industrialización Chilena.»
- 89.- Naciones Unidas. «El proceso de Industrialización en América Latina.»
- 90.- Nunn Frederick. «The military in Chilean History: Essays on Civil-Military Relations 1810-1973.»

- 91.- «Yesterday's Soldiers: European military Professionalism in South America 1890-1940.»
- 92.- «Latin American Militarylore: an Introduction and a case Study.» The Americas Vol. XXXV pp 429-474.
- 93.- «New Thoughts on Military Intervention in Latin American Politics: The Chilean Case 1973.» Journal of Latin American Studies Vol. 7 1975
- 94.- «Chilean politics 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces.»
- 95.- «Effects of European Military Training in Latin America: The origins and nature of professional Militarism in Argentina, Brazil, Chile and Perú 1890-1940» Military Affairs XXXIX (Feb. 1975) pp 1-7
- 96.- «The Latin American Military Establishment: Some thoughts on the origins of its socio-political Role, and an Illustrative Bibliographical Essay.» The Americas XXVIII,2 (Oct. 1971) pp 135-151
- 97.-«Emil Körner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, Process and Consequences 1885-1920» Hispanic American Historical Review, Vol. 50 N°2 1970 pp 300-322
- 98.- «Military rule in Chile: The revolutions of September 5, 1924 and January 23 1925». Hispanic America Historical review, Vol 47 Feb. 1967 1-21
- 99.- O'Brien Thomas. «The Nitrate Industry and Chile's crucial transition: 1870-1891.»
- 100.- Olavarría Bravo Arturo. «Chile entre dos Alessandris.»
- 101.- Oppenheimer Robert. «National Capital and National Development: Financing Chile's Central Valley Railroads.» Business History Review. 1982 pp 54-75
- 102.- Ortega Luis. «Acerca de los orígenes de la industrialización Chilena 1860-1879.» Nueva Histtoria I; 2 1981 p3-54
- 103.- Ortiz Eduardo. «Chilean politics 1931-1932. The effects of the World Depression.» Ph.D. Thesis. Univ. of Liverpool 1980.
- 104.- Palma José Gabriel. «Growth and Structure of Chilean Manufacturing Industry from 1930 to 1935: Origins and development of a process of industrialization in an export economy.»

- 105.- Petras James & Zeitlin Maurice. «El radicalismo político de la clase Trabajadora chilena.»
- 106.- Petras J. & Zemelman Hugo. «Peasants in Revolt: A Chilean case Study 1965-1971.»
- 107.- Pike F.B. «Chile and the U.S.A. 1880-1962: The emergence of Chile's Social crisis and the Challenge to U.S. Diplomacy.»
- 108.- «Latin American History.»
- 109.- Pike F.B. (Ed.) «Freedom and reform in Latin America.»
- 110.- Pinto Aníbal. «Chile, una economía difícil.»
- 111.- «Chile, un caso de desarrollo frustrado.»
- 112.- Pollack Benni. «The Chilean Socialist Party: A case study in Party organization.» Ph.D. Thesis. Univ. of Liverpool 1979
- 113.- Polloni Alberto. «Las fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional. Compendio Cívico militar.»
- 114.- Ramírez Necochea Hernán. «Orígenes y formación del Partido Comunista de Chile.»
- 115.- «Antecedentes económicos de la independencia de Chile.»
- 116.- «Historia del Imperialismo en Chile.»
- 117.- Remmer Karen. «Economic dependency and political conflict: Chile and Argentina 1900-1925.» Studies in Comparative International Development, 11,2 (1976) p 2-74
- 118.- «The timing, Pace and sequence of Political Change in Chile 1891-1925»
- 119.- Roddick Jackie. «The failure of Populism in Chile: Labour Movement and politics before World War II». Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe. Número especial: Estado y Clase Obrera en Argentina y Chile: Perspectivas Históricas. Dic. 1981 N°31
- 120.- Roxborough Ian; O'Brien P.; Roddick Jackie. «Chile, The State and Revolution.»
- 121.- Sacchi Hugo. «El Movimiento obrero en América Latina.»
- 122.- Sánchez Luis Alberto. «Visto y vivido en Chile; Bitácora Chilena 1930-1970.»

- 123.- Sater William. F. «Chile and the World depression of the 1870's»
Journal of Latin American Studies. Vol 11 1979 p 67-99
- 124.-«The abortive Kronstad: The Chilean Naval Mutiny of 1931.» Hispanic
American Historical Review. Vol 60;2: May 1980 p 239-268
- 125.- Solberg A. «Immigration and Social Problems in Argentina and
Chile.» Hispanic American Historical Review May 1969 p. 215
- 126.- Spalding A. Hobart Jr. «Organized labor in Latin America: Historical
case Studies of Workers independent Societies.»
- 127.- Stalling Barbara. «Class conflict and economic Development in
Chile.»
- 128.- «Economic dependency in Africa and Latin America.»
- 129.- Stemplowsky Ryszard. «La república Socialista de Chile de 1932
vista por el Foreign Office. (Una reconstrucción de la imagen basada en
materiales del Public Record Office.» Estudios Latinoamericanos.
Academia de Ciencias de Polonia. Instituto de Historia, 1980-6 II parte
pp 333-342
- 130.- Subercaseaux guillermo. «Monetary and Banking Policy of Chile.»
- 131.- Sunkel Osvaldo. «Nitrate expansion and Socio-Economic
Transformation in Chile: 1880-1930.» Brighton: University of Sussex.
(Discussion Paper N° 129.)
- 132.- «Un siglo de historia Económica de Chile entre 1830-1930: Dos
ensayos y una bibliografía.»
- 133.- Thomas jack Ray. «The evolution of a Chilean Socialis: Marmaduke
Grove.» Hispanic American Historical Review Vol 47, 1967
- 134.- Thorp R. (Ed.) «Latin America in the 1930's.»
- 135.- Vayssière Pierre. «Militarisme et Messianisme Ouvriers au Chile à
Travers La Presse de la Pampa Nitrierè (1900- 1930)» Cahiers du Monde
Hispanique et luso-Brésilien Caravelle 46 1986 p 93-108
- 136.- Véliz Claudio.(Ed.) «Latin America and the caribbean: A hand Book.»
- 137.- Véliz Claudio. «Continuities and departures in Chilean History.»
- 138.- «La integración y el desarrollo.»
- 139.- «Obstacles to change in Latin America.»
- 140.- «The centralist Tradition of Latin America.»

- 141.- Vitale Luis. «Interpretación Marxista de la Historia de Chile: Ascenso y declinación de la Burguesía minera.»
- 142.- «Interpretación Marxista de la Historia de Chile: de semi-colonia Inglesa a semi-colonia Norteamericana(1891-1970).»
- 143.- «La formación Social Latinoamericana.»
- 144.- Vylder Stefan de. «From Colonialism to dependence: An introduction to Chile's Economic History.» Stockholm; Swedish International development Authority 1974 (Development Studies N°3)
- 145.- Witker V. Alejandro. «Los trabajos y los días de Recabarren.»
- 146.- World Bank Country Study. «Chile an economy in Transition.»
- 147.- Wright Thomas C. «Origins of the Politics of Inflation in Chile 1888-1918.» Hispanic American Historical Review. N°2 May 1973.
- 148.- «The politics of Agrarian reform in Chile 1919-1940.» Revolution in the Americas Vol. 6 1977-79 (Lewis A. Tambs Ed.)
- 149.- «Land Owners and reform in Chile: The Sociedad Nacional de Agricultura 1919-1940.»
- 150.- «Agriculture and Protectionism in Chile 1880-1930.» Journal of Latin American Studies , Vol 7 1975 pp45
- 151.- Yeager Gertrude. «The club La Unión and kiship: Social Aspects of Political Obstructionism in the Chilean Senate 1920-1924.» The Americas. Vol XXXV p 539.
- 152.- Zemelman Hugo. «El Movimiento Popular Chileno y el Sistema de Alianzas en la década de los treinta.» «América Latina en los años treinta». Luis Antezana E. et al Coordinador Pablo González Casanova.
- 153.- Zetlin M. «The civil wars in Chile.»

ANEXO.

CHILE 1920-1970

1920

Arturo Alessandri elegido Presidente con un programa de profundas reformas sociales y Constitucionales. Se enfrenta a una cada vez más fuerte resistencia del Congreso.

Enero 1922

Fundación del Partido Comunista de Chile.

Septiembre 1924

Golpe militar. Intervención del ejército para romper el impasse Constitucional entre el Congreso y Alessandri. El Código del Trabajo y otras reformas sociales se transforman en leyes. Alessandri renuncia.

Enero 1925

Golpe militar. Grupo de oficiales jóvenes se hacen con el poder para prevenir una traición en favor de la derecha más tradicional. Alessandri vuelve al gobierno.

Septiembre 1925

Se adopta una nueva Constitución que limita los poderes del Congreso. Fin de la República Parlamentaria.

1927-1931

Dictadura del General Ibáñez. Base de apoyo civil, reformas en la Administración; reprime a los sectores de izquierda pero mantiene algunas formas democráticas. Importantes aumentos de los ingresos por exportaciones de salitre permite un amplio programa de inversiones públicas.

Julio 1931

Diciembre 1932

La depresión genera inestabilidad política. Caída de Ibáñez en julio 1931; Insurrección de la Armada en septiembre 1931; revuelta popular conducida por el Partido Comunista; República Socialista de Marmaduke Grove en junio 1932; Intervención del ejército para restaurar la Constitución en septiembre 1932.

Diciembre 1932

Segunda Presidencia de Arturo Alessandri. Diciembre 1938 Administración Conservadora; represión a los sectores de izquierda y descontento entre los trabajadores.

Abril 1933

Fundación del Partido Socialista.

Marzo 1936

Partido Comunista de Chile, Partido Socialista y Partido Radical crean la coalición Frente Popular.

Octubre 1938

El Frente Popular gana la Presidencia con apoyo del Partido Nazi. Los Radicales controlarán la Presidencia por los próximos 14 años.

1938-1941

Presidencia de Pedro Aguirre Cerda. Administración reformista y popular que favorece a la clase media y algunos sectores populares. Se expande el papel del Estado.

1942-1946

Presidencia de Juan Antonio Ríos. Radical de derechas, gobierna con apoyo de la derecha más tradicional.

1946-1952

Presidencia de González Videla. Radical de izquierdas llega al gobierno con un programa de reformas profundas. Apoyo del Partido Comunista y de otros grupos minoritarios. Mayoría del Congreso hostil, deterioro de la situación económica, presiones de Estados Unidos para que Chile se posicione frente a la Guerra fría lleva al Presidente a romper con el P.C. en octubre 1947. Gira su eje de alianzas hacia la derecha tradicional. Ilegaliza al P.C. en Septiembre 1948. Declive del Partido Radical y fracazo en la política económica.

1952-1958

Segunda Presidencia de Ibáñez. Gestión personalista y «anti-políticos». Dificultades económicas e inflación minan su popularidad. Reformas electorales que terminan con el dominio de los latifundistas sobre el voto rural. Fundación del Partido Demócrata Cristiano. (P.D.C.) en 1957. Se «legaliza» el P.C. en 1958. Resurgimiento de la izquierda.

1958-1964

Presidencia de Jorge Alessandri, hijo de Arturo. Administración Conservadora. Reduce la inflación pero se aleja de la clase media y de los trabajadores. 1964-1970

Presidencia de Eduardo Frei.(P.D.C.) «Revolución en Libertad.» Cuenta con el apoyo de Estados Unidos para prevenir un gobierno marxista y desarrolla importantes reformas. Moviliza a las masas pero es incapaz de cumplir todas sus promesas. Fracasa en su intento de restar apoyo a la izquierda; fracasa en dar respuesta a los serios problemas económicos; crea un abismo entre el centro y la derecha desequilibrando la tradicional forma de hacer política.

1970-1973

Salvador Allende G., elegido primer Presidente Marxista de Chile. Derrocado por un cruento golpe militar en Septiembre 11 1973.